

periores o por el mismo Señor Jesucristo, del cual también los santos buscaban su alabanza; como el gran David, quien habiendo pisoteado la gloria humana y pidiendo a Dios la buena fama, decía: *De ti mi alabanza*,²⁰⁸ y: *En el Señor se regocijará mi alma*.²⁰⁹

Los hombres a menudo calumnian las cosas buenas por envidia, pero el teatro celestial juzga las acciones de un modo imparcial y distribuye el voto según la verdad de los hechos. Este teatro se deleita (pues es también necesario deleitarlo con las delicias de las obras), pero de los hombres que no pueden decir lo mismo que aquellos que han bien vivido, ni castigar a los que se encuentran en situación distinta, no tiene mucha importancia su discurso, pues ya sea por envidia o por interés, llamando con nombres maliciosos a las obras virtuosas, insidían con falsas calumnias la vida conocida por Dios o por los ángeles. Y en el tiempo de la retribución, no por la opinión de los hombres, sino por la misma verdad de aquellos que han transcurrido bien su vida, seguirán ciertamente aquellos que han vivido bien la retribución de los bienes eternos, a los cuales sea dado para todos nosotros el poder alcanzarlos, por la gracia y el amor de los hombres del nuestro Señor Jesucristo. Con Él al Padre junto con el Espíritu Santo, gloria ahora y siempre y en los siglos de los siglos. Amén.

²⁰⁸ Sal 21, 26.

²⁰⁹ Sal 33, 3.

DIADOCO DE FÓTICE

Se puede concluir que nuestro santo Padre Diadoco, obispo de Fótice en el antiguo Epiro en el Ilírico, vivió incluso antes del siglo VII, debido a que es recordado en los Capítulos de san Máximo.¹ Resplandeció por su sabiduría práctica y teórica, prueba de lo cual es el Discurso que nos dejara, y que compuso excelentemente con gran y experimentada filosofía, abrigando divinas ascensiones en su corazón. Habiendo dividido su discurso en cien capítulos y revelado, con toda exactitud, los mismos profundísimos misterios de la virtud de la oración e incluyendo palabras bíblicas y contemplaciones de sutil conocimiento, dejó a todos los padres teóforos² y nípticos³ que vinieron después de él, un arquetipo de enseñanza relativa a la santa sobriedad, compuesto de todas las virtudes. Por este motivo, es posible encontrar a muchos de ellos en admiración frecuente de estos capítulos como de cuadros trabajados con cuidado, y obtener ayuda y testimonios casi literales por sus diligentes trabajos que tienen como argumento la sobriedad.

De estos capítulos hace mención también Focio, en el códice 201, p. 269,⁴ con estas palabras: "A éstas (es decir, las diez Definiciones) le siguen los Cien capítulos, siendo ésta una obra, concebida de manera excelente para aquellos que practican la ascética; y para aquellos que se han ya ejercitado en acciones que conducen a la perfección, no ofrece nada que no sea claro." Además, el sínodo reunido en presencia de Andrónico Paleólogo, Gregorio de Tesalónica, Simón de Tesalónica, Grego-

¹ Máximo el Confesor, autor de las *Cuatro centurias sobre la caridad*. Con esta obra se abre el 2.º volumen de la *Filocalia*.

² Título espiritual, lit. "Portadores de Dios".

³ Es decir, que practican y enseñan la virtud de la sobriedad.

⁴ Focio, de la obra citada, vol. III, cod. 201, p.100.

rio el Sinaíta y el santísimo Calisto,⁵ y muchos otros, atestigua que la obra es irreprochable. Y aunque el centésimo de los capítulos de los cuales Focio nos habla pudiera contener algo de imperfecto, el divino Máximo nos alivia de algunas dificultades explicando que su intención tendía a un recto motivo de piedad. Esto se verifica al final de los capítulos.

* * *

No se poseen datos seguros sobre la vida de Diadoco, obispo de Fótice. Su nacimiento se calcula alrededor del año 400 y su muerte antes del año 486. Focio lo recuerda entre los adversarios de los monofisistas contemporáneos al Concilio de Calcedonia (451) (cf. Focio, op. cit., vol. V, cód. 231). De sus obras (además de los *Cien capítulos*, el *Discurso sobre la Ascensión de nuestro Señor Jesucristo* y el diálogo *Visión*) obtenemos la impresión de que fue un hombre de gran cultura y rica espiritualidad, que se ubica en la tradición de los Padres del desierto. Además, por medio de Evagrius, lo podemos ubicar con los alejandrinos, Clemente y Orígenes, y con Basilio. La doctrina espiritual de Diadoco — en la que son relevantes algunas líneas bien definidas como el conocimiento de Dios y de sí mismo, la experiencia mística unida al tema de la oración, la teología de la gracia, el discernimiento de los espíritus, la ascética— ha tenido mucha aceptación en los monasterios de Grecia y de Oriente, sobre todo por los consejos ascéticos y en particular por la oración a Jesús. En Occidente, por lo menos en Italia meridional, se ha comprobado la existencia de manuscritos de los *Cien capítulos* a partir del siglo X. Se puede concluir que no sólo la fama de ellos ha alcanzado a España, y se puede notar una cierta semejanza en místicos tales como san Ignacio y santa Teresa de Jesús.

Es posible leer la obra de Diadoco, en idioma francés, en: Diadoque de Photice, *Oeuvres Spirituelles*, colección Sources Chrétiennes, París, 1955. Edición crítica a cargo de E. des Places, S. J. En idioma italiano: Diadoco, *Cento considerazioni sulla fede*, a cargo de Vincenzo Messina, Roma, 1978. (Para la obra y la espiritualidad de Diadoco, cf. E. des Places en el *Dictionnaire de Spiritualité*, III, 817-834).

En algunos puntos donde el texto de la *Filocalia* presentaba dificultades de variado tipo, hemos recurrido al citado texto crítico de E. des Places.

⁵ Todos son Padres autores de escritos comprendidos en la *Filocalia*.

DEFINICIONES

1. Definición de la fe: pensar en Dios sin pasión.
2. Definición de la esperanza: emigración del intelecto, en el amor, hacia las cosas que se esperan.
3. Definición de la paciencia: perseverar incesantemente, viendo con los ojos de la mente lo invisible como visible.¹
4. Definición de la ausencia de avaricia: desear no poseer, así como otro lo desea.
5. Definición de la ciencia: ignorarse a sí mismo en el éxtasis de Dios.
6. Definición de la humildad: continuo olvido de las buenas obras cumplidas.
7. Definición de la ausencia de ira: concupiscencia de no enojarse.²
8. Definición de castidad: percepción sensible siempre adherida a Dios.
9. Definición de caridad: amistad aún más grande hacia aquellos que nos ultrajan.
10. Definición de la perfecta transformación: en las delicias de Dios, juzgar como una gran alegría el horror de la muerte.

¹ Cf. Hb 11, 27.

² La frase fue construida sobre la contraposición de las dos tendencias fundamentales del hombre: lo "concupiscible" (deseo de obtener) y lo "irascible" (voluntad de remover).

DEFINICIONES.

DISCURSO ASCÉTICO DIVIDIDO
EN CIEN CAPÍTULO PRÁCTICOS DE CIENCIA
Y DISCERNIMIENTO ESPIRITUAL

1. De toda contemplación espiritual —hermanos— sirvan de guía la fe, la esperanza y la caridad.¹ Las dos primeras nos enseñan a despreciar los bienes visibles; pero la caridad une al alma misma con las virtudes de Dios, investigando a Aquel que es invisible en el sentido intelectual.

2. Por naturaleza sólo Dios es bueno. Pero también el hombre se torna bueno si cuida sus costumbres, por la gracia de Aquel que es esencialmente bueno, transformándose en aquello que no es, cuando el alma, por medio del bien, se asemeja tanto a Dios cuanto su potencia operante lo desea. En efecto, nos dice: Sed buenos y misericordiosos como el Padre nuestro que está en los cielos.²

3. En la naturaleza no existe el mal ni nadie que sea malo por naturaleza, pues Dios no creó nada que fuera malo. Pero cuando, en el deseo de su corazón, alguien da forma a lo que no tiene sustancia, entonces empieza a ser lo que justamente desea el que hace esto. Por lo tanto, es necesario que siempre, con el recuerdo de Dios en el corazón, descuidemos el hábito del mal. En efecto, la naturaleza del bien es más potente que el hábito del mal; ya que uno y otro no existen sino cuando se cumplen.

4. Todos nosotros, los hombres, somos *según la imagen*³ de Dios; mientras que ser *según la semejanza* es solamente de aquellos que con mucho amor, han ofrecido su libertad a Dios. En efecto, cuando no somos como nosotros mismos,⁴ entonces somos similares a Aquel que nos ha re-

conciliado consigo mediante el amor;⁵ estado que no se alcanza si no se convence a la propia alma de no apasionarse por la gloria de la vida fácil.⁶

5. La voluntad libre es la voluntad del alma racional que se mueve prestamente hacia lo que desea. Convenzámosla de que esté pronta respecto al bien solamente, de modo que con los recuerdos⁷ buenos podamos consumir el recuerdo del mal.

6. El discernir infaliblemente el bien del mal es la luz de la verdadera ciencia. Es entonces que la vía de la justicia, que guía el intelecto al Dios⁸ de justicia, lo introduce en la ilimitada iluminación de la ciencia, que busca resolutamente el amor. Es necesario, con un ánimo sin ira, sustraer el ejercicio de la justicia a aquellos que se atreven a usar la violencia.⁹ En efecto, el celo de la piedad muestra (dónde está) la victoria, no odiando sino convenciendo.

7. El discurso espiritual da plena certeza al sentido intelectual, pues procede de Dios por la íntima operación del amor; por lo tanto, nuestro intelecto permanece sin tormento en los movimientos de la teología, pues no sufre la indigencia portadora de afanes, dilatándose en las contemplaciones tanto cuanto lo quiere la operación del amor. Es bello, entonces, esperar —con fe operante mediante el amor—¹⁰ la iluminación para hablar, ya que nada es más mísero que el pensamiento que indaga las cosas de Dios fuera de Dios.

8. No deberemos entregarnos ni a las especulaciones espirituales sin estar iluminados, ni a hablar cuando se ha recibido luz en abundancia gracias a la benignidad del Espíritu Santo. Pues, donde hay pobreza, ésta produce la ignorancia, y la riqueza, cuando la hay, no permite hablar, pues el alma, ebria por el amor de Dios, quiere deleitarse en la gloria del Señor con un lenguaje silencioso. Deberemos pues acercarnos a los discursos que hablan de Dios observando una justa medida de nuestra operación, lo que dará a nuestra alma una cierta forma de discursos gloriosos. Y la magnificencia de la iluminación nutre la fe de aquel que habla en la fe, de modo que el que enseña sea el primero en gustar del fruto del conocimiento mediante el amor. *El agricultor que ha trabajado debería ser el primero en tener parte de los frutos.*¹¹

¹ Cf. 2 Co 5, 18.

² El texto crítico lee: "la fácil gloria de la vida".

³ La *Filocalia* presenta en su margen la variante: *Los pensamientos*.

⁴ Variante en el margen: *Al sol*.

⁵ Es decir, a los jueces inicuos.

⁶ Cf. Ga 5, 6.

⁷ 2 Tm 2, 6.

¹ Cf. 1 Co 19, 13.

² Cf. Lc 6, 36. La *Filocalia* precisa en una nota que debemos leer justamente *nuestro* en lugar de *vuestro*.

³ Gn 1, 27.

⁴ Cf. 1 Co 6, 19.

9. Tanto la sabiduría como la ciencia son dones del único Espíritu Santo, como también lo son todos los otros dones divinos. Pero cada uno de ellos tiene una propia íntima operación, por lo que el Apóstol nos atestigua que a uno fue dada la sabiduría y al otro la ciencia por el mismísimo Espíritu.¹² Ya que el conocimiento une al hombre a Dios con la experiencia, sin mover el alma a hacer discursos sobre las cosas; algunos que como filósofos viven una vida solitaria, tienen el sentido iluminado por ella, pero no vienen a hablar de Dios. La sabiduría, sin embargo, si es dada a alguien en el temor, junto con la ciencia (aunque esto es raro), manifiesta las operaciones mismas de la ciencia, en la caridad. Porque mientras una (la ciencia) suele iluminar con la operación íntima, la otra (la sabiduría), con la palabra. Pero es la oración la que produce la ciencia, así como la mucha *besichía*, en una total ausencia de afanes. La sabiduría, por otro lado (es producida por) la meditación privada de vanagloria, de las palabras del Espíritu, y antes que nada la gracia de Dios que la dona.

10. Cuando la parte irascible del alma se mueve contra las pasiones, deberemos saber que es tiempo de silencio; en efecto es momento de lucha. Pero cuando uno ve que esa agitación se ha calmado, ya sea por la oración o por limosna, deberá dejarse llevar hacia el amor de las palabras, asegurando las alas del intelecto con el vínculo de la humildad. Pues, si uno no se desprecia a sí mismo con gran humildad, no puede discurrir sobre la grandeza de Dios.

11. El discurso espiritual conserva siempre el alma privada de vanagloria; en efecto, infundiendo una benéfica percepción de luz en todas sus partes, hace que ella no tenga necesidad de la gloria que viene de los hombres. Y también custodia la mente siempre sin fantasías, porque la transforma por entero en la caridad de Dios. Mientras tanto el discurso de sabiduría mundana invita siempre al hombre al amor de la gloria, ya que, al no poder donar el bien de una experiencia sensible, dona el amor a las alabanzas a aquellos que son suyos, siendo él mismo criatura de hombres vanagloriosos. Por lo tanto, reconoceremos sin engañarnos una tal disposición a hablar de Dios sí, en un silencio sin afanes, consumimos las horas en las que no se debe hablar, en un cálido recuerdo de Dios.

12. El que se quiere a sí mismo no puede amar a Dios; el que no se quiere a sí mismo por la excesiva riqueza de la caridad de Dios, éste ama a Dios. Un hombre tal no busca nunca la propia gloria, sino la de Dios.¹³

El que se quiere a sí mismo busca su propia gloria, pero el que quiere a Dios ama la gloria de Aquel que lo ha hecho. Pues es propio de un alma capaz de sentido y amor a Dios el buscar la gloria de Dios en todos los preceptos que cumple y gozar de su propia pequeñez; porque a Dios conviene la gloria por su magnificencia, pero al hombre conviene la humildad, para que mediante la misma, seamos familiares con Dios. Si hacemos esto, del mismo modo que lo hizo san Juan Bautista, diremos sin cesar, gozando de la alegría del Señor, que es necesario que Él crezca y que yo disminuya.¹⁴

13. Sé de alguien, tan amante de Dios y lleno de deseo de Él porque no lo ama como desearía, que se encuentra con el alma en tan encendido deseo, que Dios es glorificado en él y él es como si no fuera. Éste no sabe lo que es, ni goza de las mismas palabras de alabanza. En efecto, por su gran deseo de humillación no piensa en su propia dignidad; cumple el servicio divino tal como es ley para los sacerdotes y, con una gran disposición al amor a Dios, sustrae de sí mismo el recuerdo de la dignidad, escondiendo la exaltación que de ella proviene en el abismo de la caridad de Dios, con espíritu de humildad, para aparecer siempre a la propia mente como un siervo inútil, como quien es totalmente extraño a la propia dignidad, por su deseo de humillación. También nosotros deberemos hacer esto, es decir, huir de todo honor y de toda gloria por exceso de la riqueza del amor¹⁵ del Señor que nos ha amado tanto.

14. El que ama a Dios con el sentido del corazón, es conocido por Él.¹⁶ Pues uno es tanto en el amor a Dios cuanto el mismo acoge en el sentido del alma. Por lo tanto, tal hombre no cesará de tender hacia la iluminación del conocimiento, en una intensa pasión, hasta tanto él tenga alguna sensación, aunque se haya disipado la misma fuerza de sus huesos. No conociéndose más a sí mismo, sino totalmente transformado por el amor a Dios, este hombre está y no está más en esta vida; ya que aunque sigue viviendo en su propio cuerpo, por la caridad emigra con el movimiento del alma, incesantemente, hacia Dios.¹⁷ Y entonces, ardiendo constantemente su corazón por el fuego de la caridad, adhiere a Dios con un deseo irresistible, como el que ha salido de una vez por todas del amor a sí mismo, por la caridad de Dios, *en efecto*, —dice— *si hemos perdido el juicio, ha sido por Dios; y si somos sensatos, lo es por vosotros*.¹⁸

¹⁴ Cf. Jn 3, 30.

¹⁵ Cf. Ef 2, 7.

¹⁶ Cf. 1 Co 8, 3.

¹⁷ Cf. 2 Co 5, 6 y ss.

¹⁸ 2 Co 5, 13.

¹² Cf. 1 Co 12, 8 y ss.

¹³ Cf. Jn 5, 18.

15. Cuando uno empieza a percibir con abundancia el amor de Dios, entonces comienza a amar en el sentido espiritual también al prójimo; es ésta la caridad de la cual nos hablan todas las Santas Escrituras. En efecto, la amistad según la carne se disuelve demasiado pronto, hasta un solo motivo pues no está atada por el sentido espiritual. Y entonces¹⁹ sucede que si se produjera alguna irritación en el alma sometida a la operación de Dios, en ella no se disuelve el lazo de la caridad, e inflamándose de nuevo el calor del amor a Dios, en seguida es llamada rápidamente al bien, y con mucha alegría acoge el amor al prójimo, aunque haya recibido de éste gran ofensa o daño; pues, en la dulzura de Dios ella consume completamente la amargura de la discordia.

16. Nadie puede amar a Dios con todo su corazón, si antes no le temió con el sentido de su corazón. Pues el alma, santificada y como enternecida por la íntima operación del temor, se acerca a la caridad operante íntimamente. Pero uno no podría alcanzar el temor a Dios de la manera descrita, si no sale de toda preocupación de esta vida. Pues cuando el intelecto se encuentra en gran *hesichia* y ausencia de ansias, entonces el temor a Dios lo atormenta purificándolo, con un sentido profundo, de todo espesor terrestre, para conducirlo así en un profundo amor a la bondad de Dios. Y así, el temor junto a una caridad moderada, es propio de los justos que se están purificando; pero la perfecta caridad es de aquellos ya purificados, en los cuales no hay temor. Pues *la caridad perfecta* —dice— *aleja el temor*.²⁰ Pero tanto el uno como la otra, son solamente de los justos que por la operación íntima del Espíritu Santo practican la virtud; por eso en determinado lugar las Escrituras dicen: *Temed al Señor todos los que sois consagrados*;²¹ y en otro: *Amad al Señor todos los que sois sus santos*,²² para que aprendamos con claridad que el temor a Dios es propio de los justos que todavía se están purificando, junto a una caridad mesurada, tal como se dijo; pero de aquellos que ya están purificados es la caridad perfecta. En ellos no hay más pensamiento de temor alguno, sino ardor incesante y adhesión del alma a Dios por la operación íntima del Espíritu Santo, según aquel que dice: *Mi alma se ha adherido a ti y tu diestra me ha recibido*.²³

17. Así como las heridas que se producen en el cuerpo no sienten la aplicación del remedio hecho por los médicos cuando están secas y des-

cuidadas, pero perciben la operación del remedio cuando están purificadas, alcanzando la perfecta curación; así también el alma, mientras está descuidada y toda recubierta por la lepra del amor a los placeres, no puede sentir el temor de Dios, aunque uno le anuncia incesantemente su juicio terrible y potente. Pero cuando haya empezado a ser purificada al dedicarle mucha atención, entonces, como si fuera un fármaco de vida, sentirá que el temor divino la quema, con la operación íntima de las acusaciones, en un fuego —por así decirlo— de impasibilidad, y luego progresivamente purificada, alcanzará la perfecta purificación, creciendo tanto en la caridad cuanto disminuye en el temor, para finalmente acceder a la caridad perfecta donde, se ha dicho, no hay temor,²⁴ sino total impasibilidad operada íntimamente por la gloria de Dios. Que sea para nosotros un motivo de exaltación continua antes que nada el temor de Dios, luego la caridad, la plenitud de la ley de la perfección en Cristo.²⁵

18. El alma que no se ha liberado de las preocupaciones mundanas, ni amaré auténticamente a Dios ni aborrecerá dignamente al Diablo. Para ella, los afanes de la vida son, una vez por todas, como un velo inoportuno. Por lo tanto, acerca de tales personas, el intelecto no puede reconocer su propio tribunal para poder evaluar por sí mismo y sin error los votos del juicio. Es válido, en consecuencia, el retirarlo.

19. Son propios de un alma pura: una palabra sin celos, un esfuerzo sin malicia y una pasión incesante por el Señor de la gloria.²⁶ Entonces, el intelecto pone escrupulosamente a punto su propia balanza, comparciendo delante de su propia razón como delante de un tribunal muy íntegro.

20. Una fe sin obras y una obra sin fe serán reprobadas de una misma manera. Pues es necesario que los fieles, al demostrar su fe, ofrezcan al Señor sus obras. Ni siquiera a nuestro padre Abraham la fe se le hubiese reconocido con justicia,²⁷ de no haber él ofrecido el fruto, es decir, su hijo.²⁸

21. El que ama a Dios cree con autenticidad y cumple santamente las obras de fe. Pero el que cree solamente, y no en el amor, ni siquiera tiene la fe misma que él cree tener, pues cree con una cierta ligereza del intelecto, como el que no actúa bajo el peso de la gloria del amor. Entonces,

¹⁹ Aquí se prefirió la versión de la edición crítica.

²⁰ 1 Jn 4, 18.

²¹ Sal 33, 10.

²² Sal 30, 14.

²³ Sal 62, 9.

²⁴ Cf. 1 Jn 4, 18.

²⁵ Cf. Rm 10, 13.

²⁶ Cf. 1 Co 9, 8.

²⁷ Cf. Rm 4, 22.

²⁸ Cf. Gn 22.

la fe operante mediante el amor²⁹ es el punto de culminación de las virtudes.

22. El abismo de la fe, cuando es indagado, agita su oleaje, pero, contemplado con una disposición simple, permanece calmo. Pues siendo la profundidad de la fe como agua de olvido de los males, no soporta ser contemplada por pensamientos curiosos. Naveguemos, pues, sobre las mismas aguas con simplicidad de mente, para llegar así al puerto de la voluntad de Dios.³⁰

23. Nadie puede amar o creer auténticamente, si no se tiene a sí mismo como acusador. En efecto, cuando nuestra conciencia se turba a sí misma con acusaciones, al intelecto no le es consentido percibir el perfume de los bienes ultramundanos: enseguida se fracciona en la ambigüedad; aunque tiende hacia la fe con un férvido movimiento, por la precedente experiencia, no puede acogerla con el sentido del corazón, mediante el amor, debido a los frecuentes llamados de la conciencia que le reprocha. Pero después de habernos purificado con una atención más férvida, obtendremos lo que deseamos, teniendo una mayor experiencia en Dios.

24. Así, como los sentidos del cuerpo nos empujan con violencia hacia los bienes aparentes, así el sentido del intelecto, cuando conoce a la divinidad, suele llevarnos de la mano hacia los bienes invisibles. En efecto, cada cosa tiende totalmente hacia lo que es conforme a su naturaleza. El alma, siendo incorpórea, hacia los bienes celestiales; el cuerpo, siendo polvo, al goce terrestre. Nos acercaremos entonces, sin error, a la experiencia del sentido material, si afinamos la materia con la fatiga.

25. La misma íntima operación de la santa ciencia nos enseña que uno solo es el sentido natural, y que luego, mediante la desobediencia de Adán, el mismo se dividió en dos operaciones. De ellas sólo una es simple, la que viene del Espíritu Santo y es congénita con Él. Nadie puede conocerla, a no ser aquellos que se alejan voluntariamente de los bienes de la vida, esperando en los bienes futuros, y que, por medio de la continencia, extenuan toda la propensión de los sentidos del cuerpo. Solamente en estos seres, el intelecto, moviéndose intensamente debido a la ausencia de afanes, puede percibir en modo indecible la bondad divina; por lo que, según la medida de su progreso, también hace participar al cuerpo de su propia alegría, exultando en una interminable confesión llena de amor. *En Él, en efecto —dice— ha esperado mi corazón y he sido ayudado, y mi carne floreció de nuevo, y voluntariamente lo confesa-*

²⁹ Ga 5, 6.

³⁰ Cf. Sal 106, 30.

rá.³¹ Pues la alegría realmente generada en el alma y en el cuerpo es el infalible recuerdo de la vida incorruptible.

26. Es necesario que aquellos que luchan custodien siempre la mente al reparo del oleaje, de modo que el intelecto, discerniendo de entre los pensamientos que los cruzan, reponga a los que son buenos y mandados por Dios al tesoro de la memoria, y a los oscuros y demoníacos, los eche fuera de los depósitos de la naturaleza. Los pescadores escrutan el mar cuando está calmo, hasta su movimiento más profundo, de modo que no se les escapa casi ninguno de los animales que cruzan sus senderos. Pero cuando éste está arrebatado por los vientos, en el oscurecimiento de la turbación que se produce, cubre aquellas cosas que en la calma son vistas. Es así que vemos (que resulta) vano el arte de aquellos que fabrican trampas para la pesca, lo que también sucede al intelecto contemplativo, sobre todo cuando el abismo del alma está turbado por la cólera injusta.

27. Es de poquísimos reconocer exactamente los propios errores, y de aquellos cuyo intelecto no ha sido nunca depredado del recuerdo de Dios. En efecto, del mismo modo que nuestros ojos del cuerpo, cuando están sanos, pueden ver hasta mosquitos y tábanos que cruzan el aire, pero si están cubiertos por algún enturbiamiento o por algún humor, aunque encontraran algo grande, lo verán débilmente, tampoco las cosas pequeñas podrán verse con el sentido de la vista. Así también sucede con el alma cuando, poniendo atención, afina el enceguecimiento que le viene del amor al mundo y, considerando sus pequeñísimas o grandísimas fallas, agrega incesantemente lágrimas y lágrimas con mucho rendimiento de gracias. En efecto, *los justos confesarán tu nombre*,³² nos dice. Pero si permanece en la disposición del mundo, aunque cumpla algo cruel o digno de gran punición, lo percibe blandamente, y a los otros errores no los puede reconocer, sino que a menudo los juzga como si fueran buenas acciones. Por esto, la desventurada no se avergüenza de defenderlos con calor.

28. Purificar el intelecto es tarea del Espíritu Santo. Pues si el que es fuerte no entra y depreda y ata al rapiñador, de ningún modo será liberada la presa.^{32bis} Es necesario, entonces, por todo medio, pero por encima de todo con paz en el alma, hacer reposar al Espíritu Santo, para tener cerca de nosotros, siempre encendida, la lámpara del conocimiento. Pues si ella resplandece sin tregua en los recesos del alma, no sólo

³¹ Sal 27, 7.

³² Sal 139, 14.

^{32bis} Cf. Lc 11, 21 y ss.

aquellos pequeños y tenebrosos asaltos de los demonios se tornan manifiestos en el intelecto, sino que permanecen privados de fuerza, descubiertos por esa santa y gloriosa luz. Por esto el Apóstol dice: *no apaguéis el Espíritu*,³⁵ es decir: no entristezcáis la bondad del Espíritu Santo, obrando el mal ni teniendo malos pensamientos, para no estar privados de la defensa de esa lámpara; porque el Eterno y Vivificante no se apaga, sino que es su tristeza, es decir, su mirar hacia otro lado, que deja al intelecto en tinieblas, sin la luz del conocimiento.

29. Sabemos que es uno solo —como he dicho— el sentido natural del alma; los “cinco”, en efecto —de una vez por todas— se diferencian según las necesidades del cuerpo, como el Espíritu de Dios, santísimo y amante de los hombres, nos enseña. Este sentido, sin embargo, por la caída sucedida al intelecto a causa de la desobediencia, se divide según los mismos movimientos del alma, por lo que una parte de él se une a la parte pasional y nosotros percibimos de buena gana los bienes de la vida; la otra se une a menudo al movimiento racional y espiritual por lo que, cuando somos mesurados, nuestro intelecto tiende a correr hacia las bellezas celestiales. Si logramos alcanzar el hábito de despreciar los bienes del mundo, podremos unir la tendencia del alma hacia lo terrestre con su disposición racional, siendo la comunión del Espíritu Santo que dispone esto para nosotros. En efecto, si su divinidad no ilumina con su íntima operación los recesos de nuestros corazones, no podremos gustar del bien con un sentido indivisible, es decir, con una disposición íntegra.

30. El sentido del intelecto es un gusto exacto con el que se discernen las cosas. En efecto, así como cuando nuestro sentido corporal del gusto discierne infaliblemente —si somos sanos— las cosas buenas de las malas, y tendemos hacia las que son buenas, así también nuestro sentido del intelecto, cuando comienza a moverse con fuerza, mediando la falta de solicitud, puede percibir copiosamente la divina consolación y no ser nunca depredado por la que le es contraria. Tal como el cuerpo, que al degustar las dulzuras terrestres tiene una infalible experiencia de los sentidos, el intelecto, cuando se exalta más allá del entendimiento de la carne, puede degustar sin error la consolación del Espíritu Santo; nos dice, en efecto: *Gustad y veréis que el Señor es bueno*,³⁴ y tener un inolvidable recuerdo de lo que ha degustado, debido a la operación íntima del amor al reconocer infaliblemente lo que es lo mejor, según el santo que

³⁵ 1 Ts 5, 19.

³⁴ Sal 33, 9.

dice: *Y ruego que nuestra caridad abunde siempre más en conocimiento y en todo sentido para que podáis reconocer lo que es mejor*.³⁵

31. Cuando nuestro intelecto empieza a percibir la gracia del Espíritu Santo, también Satanás consuela al alma con un sentido de falsa dulzura, en la quietud nocturna, como cuando se cae en un sueño ligerísimo. Si el intelecto, pues, es encontrado aferrado, en un recuerdo muy intenso, al santo nombre del Señor Jesús, y usa ese santísimo y glorioso nombre como una armadura en contra del engaño, el Seductor insidioso se retira, para luego asaltar al alma en una lucha cuerpo a cuerpo. Por lo que el intelecto, reconociendo con exactitud el engaño del Maligno, progresa aún más en la experiencia del discernimiento.

32. La consolación buena (se da) ya sea cuando el cuerpo está despierto o cuando al surgir el sueño, teniendo uno un férvido recuerdo de Dios, está como unido a su amor. En cambio, la consolidación ilusoria se da siempre —como he dicho— que el luchador accediendo a un sueño ligero, tiene un medio recuerdo de Dios. La primera consolación, como la que proviene de Dios, quiere manifiestamente exhortar al amor a las almas de los luchadores de la piedad, estando el alma en mucha efusión; la otra, ya que suele agitar al alma con algún viento de ilusión, echa mano a robar —por medio del sueño del cuerpo— la experiencia del sentido del intelecto, que conserva íntegro el recuerdo de Dios. Por lo tanto, si éste, como he dicho, es sorprendido con el recuerdo atento del Señor Jesús, hace diluir ese aire de falsa dulzura del Enemigo y alegre se dispone a la guerra en contra de él, teniendo de ahora en adelante, como segunda arma,³⁶ después de la gracia, la ventaja que da la experiencia.

33. Si el alma, con un movimiento inequívoco y privado de fantasía, se une al amor a Dios arrastrando, por así decirlo, también al cuerpo a las profundidades de ese amor indecible —ya sea cuando está despierto, o tal como que se ha dicho, cuando se encuentra bajo la energía de la santa gracia que acude al sueño— y ella no piensa en otra cosa más que en hacia quien se dirige, debermos saber que esta operación es del Espíritu Santo. Sintiéndose sumamente feliz por aquella indecible dulzura, no puede pensar en otra cosa, pues se deleita de una alegría tal. Pero si el intelecto durante esa operación concibe una duda cualquiera o un pensamiento impuro, aunque ha usado el santo nombre como defensa contra el mal y no por la sola caridad de Dios, se deberá entender que esa consolación viene del Seductor bajo la apariencia de la alegría. Y con

³⁵ Flp 1, 9-10.

³⁶ Cf. ed. crít.

esa informe y desordenada alegría del Enemigo que quiere arrastrar el alma al adulterio, cuando ve al intelecto glorificarse sutilmente por la experiencia de su propia percepción, entonces invita al alma con algunas consolaciones —como he dicho— falsamente buenas, de modo que, dejándose transportar por esa vanagloria y por esa húmeda dulzura, le permanezca oculta la unión con el fraudulento. Por todo esto reconoceremos al espíritu de la verdad y al espíritu de la ilusión.³⁷ Y resulta imposible, por otro lado, gustar del sentido de la bondad divina o hacer una experiencia sensible de la amargura de los demonios, si no se está plenamente persuadido de que la gracia habita en lo profundo del intelecto y que los espíritus malignos se encuentran allí, alrededor de los miembros del corazón, cosa que los demonios no quieren sea creída por los hombres, para que el intelecto, sabiendo exactamente eso, no se arme en contra de aquellos con el recuerdo de Dios.

34. Una cosa es el amor natural del alma, y otra cosa es el que viene del Espíritu Santo. Mientras que uno es movido moderadamente por nuestra voluntad cuando lo deseamos, por lo que también es fácilmente depredado por los espíritus malignos cuando no nos mantenemos aferrados con fuerza a nuestras propias elecciones, el otro incendia tanto el alma con el amor a Dios, que todas sus partes adhieren a la indecible dulzura del divino deseo, en una ilimitada simplicidad de disposición. Entonces, el intelecto, como fecundado por la operación del Espíritu, hace brotar una fuente de amor y de alegría.

35. Así como el mar tiene la facultad de aquietarse cuando está movido por el aceite que se le derrama por encima, bajo la fuerza de la gordura que vence la tempestad, así también nuestra alma, cuando se satisface de la bondad del Espíritu Santo, se calma dulcemente. Con alegría se deja vencer por esa impasibilidad e indecible dulzura que la invade, según el santo que dice: *Sométete a Dios, alma mía*.³⁸ Por esto pues, a pesar de las excitaciones que los demonios puedan pensar contra el alma nuestra, ella permanece sin ira y llena de alegría. A esto nadie llega ni permanece, sin haber antes endulzado incesantemente su alma en el temor a Dios. Pues el temor al Señor Jesús produce para quien lucha una cierta forma de santificación; *El temor de Dios es santo, permanece para siempre*.³⁹

36. Que nadie que haya oído hablar del sentido del intelecto espere que se le aparezca visiblemente la gloria de Dios. Digamos que el alma, cuando es pura,^{39bis} percibe la consolación divina con un gusto indecible; aunque no se le aparecen ninguna de las cosas invisibles, *pues ahora — como dice el bienaventurado Pablo — caminamos por la fe y no por una visión*.⁴⁰ Si a alguno de los luchadores se le apareciera una luz, o una figura de fuego o una voz, que no acepte de ninguna manera la tal visión, ya que es una manifiesta ilusión del enemigo, cosa que muchos, habiéndola padecido, han sido desviados por ignorancia de la vía de la verdad. Pero nosotros sabemos que mientras habitamos en este cuerpo corruptible, somos exiliados de Dios, es decir no podemos ver visiblemente ni a Él ni a ninguna otra de sus maravillas celestiales.

37. Los sueños que en el amor a Dios se muestran en el alma son, de alguna manera, infalibles reveladores de un alma sana. Por lo tanto, ni cambian de una figura a otra, ni aterran los sentidos, ni ríen ni se entristecen, todo a la misma vez, sino que se acercan al alma con mansedumbre, colmándola de alegría espiritual. Por ello, aun después que el cuerpo se hubo despertado, el alma busca con deseo la alegría del sueño. Por otro lado, las fantasías de los demonios son lo contrario bajo todo aspecto, ya que no conservan ni la misma figura, ni muestran una forma imperturbada, ya que lo que no obtienen por una elección precisa, pero toman en préstamo de su propio engaño, no puede alcanzarles por mucho tiempo. Pronuncian gruesas palabras y enuncian muchísimas amenazas; a menudo se transforman, tomando el aspecto de soldados; otras veces provocan un gran estruendo en el alma con (otros) gritos. Pero el intelecto, cuando es puro, los reconoce, y en el sueño despierta al cuerpo, alegrándose a veces por haber podido reconocer su engaño. Pero a veces sucede que los sueños buenos no traen alegría al alma, sino que generan en ella una dulce tristeza y lágrimas sin dolor. Y esto sucede para aquellos que progresan con mucha humildad.

38. Ya hemos hablado sobre la diferencia que hay entre los sueños buenos y los sueños malos, y lo hemos oído de aquellos que han pasado por la experiencia. Pero que nos sea suficiente, a los efectos de lograr una gran virtud, el no dar crédito a ninguna fantasía, pues los sueños, en su mayoría, no son más que imágenes de pensamientos, o incluso como se ha dicho, burlas de los demonios; si nos fuera enviado un sueño por la bondad de Dios, y nosotros no lo recibiéramos, que no se enoje con nosotros el muy deseado Señor Jesús. Él sabe que los fraudes de los ene-

³⁷ Cf. Jn 15, 26; 1 Tm 4, 1.

³⁸ Sal 61, 6.

³⁹ Sal 18, 10.

^{39bis} Cf. ed. crít.

⁴⁰ 2 Co 5, 7.

migos nos inducen a ello, ya que la distinción antes establecida es rigurosa. Pero sucede que el alma, ensuciada insensiblemente por un raptó, cosa de la cual, creemos, nadie está excluido, puede perder el rastro de un discernimiento riguroso, y cree en los (sueños) que no son buenos como en los que lo son.

39. Que nos sirva como ejemplo de tal cosa un esclavo llamado fuera de los muros que rodean su casa, de noche, por el patrón que (vuelve) desués de una larga ausencia, a quien, no reconociéndolo con certeza, el siervo se niega decididamente a abrirle la puerta, porque teme que la semejanza de la voz lo engañe y lo induzca a entregar las cosas que le han sido confiadas. Habiendo llegado el día, no solamente su señor no se enoja con él, sino que lo juzga digno de muchas alabanzas porque ha creído que fuera un engaño incluso la voz del patrón, no queriendo perder ni siquiera una de esas cosas.

40. No debemos dudar de que el intelecto, cuando empieza a ser frecuentemente objeto de la operación de la luz divina, se torna completamente transparente, tanto que llega a ver su propia luz. Esto sucede completamente cuando la potencia del alma domina a las pasiones. Pero que todo esto que se le aparece en modo figurado, ya sea como la luz, ya sea como el fuego, viene del arte malicioso del Enemigo, nos lo es enseñado claramente por Pablo, diciendo que aquél se disfraza de ángel de luz.⁴¹ Por lo tanto, no debemos cultivar una vida ascética sobre esta esperanza, de modo que Satanás no encuentre, por esto, el alma pronta para su raptó. Lo único que debemos hacer es tratar de amar a Dios con un sentido total de plena certeza en el corazón, lo que justamente significan las expresiones: con toda el alma, con todo el corazón, con toda la mente.⁴² Pues el que a la vista de todo esto está bajo la operación de la gracia de Dios emigra del mundo aunque se halle en el mundo.⁴³

41. La obediencia es reconocida como el primer bien de todas las virtudes que nos muestran el camino, porque ella primero rechaza la presunción y genera en nosotros la humildad, por lo que se torna, para aquellos que verdaderamente persisten en ello, un ingreso y la puerta del amor para con Cristo. Adán la rechazó⁴⁴ y se arruinó en el profundo Tártaro. Enamorado de ella el Señor, según los planes de la economía (divina), obedeció al Padre suyo hasta la cruz y la muerte,⁴⁵ y esto aún

⁴¹ Cf. 2 Co 11, 14.

⁴² Cf. Mt 22, 37.

⁴³ Cf. Jn 17, 15-16.

⁴⁴ Cf. Gn 3.

⁴⁵ Cf. Flp 2, 8.

no siendo en nada inferior a la majestad de Él, de modo que, habiendo deshecho mediante la propia obediencia la imputación de la desobediencia humana, condujo a una vida bendita y eterna a aquellos que vivieron en la obediencia. De ésta deberán munirse ante todo aquellos que aceptan la lucha contra la presunción del Diablo. En efecto, al avanzar, la obediencia nos mostrará todos los senderos de la virtud sin error.

42. La continencia es el común denominador de todas las virtudes, por lo que el luchador deberá ser continente en todo. En efecto, así como la amputación de un pequeñísimo miembro cualquiera hace que la figura del hombre en su conjunto luzca deforme, aunque sea muy poco lo que le falte, así, aunque se descuide de una sola virtud, (aquél) cancela, sin saberlo, toda la belleza de la continencia. Por lo tanto, debremos cultivar no sólo las virtudes corporales, sino también aquellas que son capaces de purificar nuestro hombre interior. Pues, ¿qué utilidad habrá para aquel que ha custodiado virgen su cuerpo, si abandona el alma al adulterio con el demonio de la desobediencia? O, ¿cómo obtendrá la corona aquel que se ha mantenido alejado de la gula y de toda concupiscencia del cuerpo, pero no se ha preocupado de la presunción y del amor a la gloria y no soporta la más mínima tribulación, cuando la balanza deberá sopesar de igual modo la luz de justicia para aquellos que han cumplido las obras de justicia con espíritu de humildad?

43. Aquellos que luchan deben odiar a tal punto todos los deseos irracionales, como para adquirir un odio habitual hacia ellos, y deberíamos observar una tal continencia en los alimentos, al punto que nadie pueda sentir náusea por alguno de ellos. Pues esto es cosa maldita y del todo demoníaca. En efecto, no nos abstendremos de ellos como de cosas malas, sino que, para castigar apropiadamente a los miembros encendidos de la carne, nos mantendremos alejados de muchos alimentos. Y además, para que lo que nos sobre sea suficiente para repartir entre los pobres, lo que es en efecto una señal de caridad sincera.

44. El comer y el beber dando gracias a Dios de todo lo que nos es puesto y servido delante no es contrario a la regla de la ciencia (espiritual), todo esto es muy bueno.⁴⁶ Pero el abstenerse de buen grado de muchos y agradables alimentos es propio de una discreción y de una ciencia mayores. Pero no despreciaremos voluntariamente las cosas agradables presentes si no gustamos, con un sentido total de plena certeza, de la dulzura de Dios.

⁴⁶ Gn 1, 31.

45. Así como el cuerpo, grávido por la cantidad de alimentos, torna lánguido y turbio el intelecto, así también, extenuándose por el exceso de continencia, torna la parte contemplativa del alma, triste y desamorada al hablar (de Dios). Debemos entonces regular la nutrición en función de los movimientos del cuerpo, de modo que cuando éste está sano, sea frenado convenientemente; y cuando está débil, engorde moderadamente. Pues el luchador no debe ser lánguido en el cuerpo, sino que debe tener la fuerza necesaria para poder sostener la lucha, de modo que el alma pueda purificarse aunque sea mediante las fatigas del cuerpo.

46. Cuando la vanagloria se enciende con fuerza en contra de nosotros, tomando como pretexto de la propia malicia la llegada de algunos hermanos o de un huésped cualquiera, está bien, entonces, conceder una moderada tregua a la dieta habitual. Echaremos al Demonio no teniendo nada en su haber, y más aún, de luto, respecto de su tentativa; y cumpliremos, con aprobación, la ley divina de la caridad, custodiando sin develarlo, el secreto de la continencia, por medio de la condescendencia.

47. El ayuno comporta en sí mismo una cierta vanagloria, pero no acerca de Dios; pues es (solamente) un instrumento que dirige, por así decirlo, hacia la moderación a todos aquellos que lo desean. Por lo tanto, los luchadores de la piedad no deberán ensoberbecerse por ello, sino esperar con fe en Dios, el fin de su objetivo. En efecto, ni siquiera los expertos de un arte cualquiera hacen ostentación del resultado de su proyecto, de los instrumentos que usan, sino que cada uno de ellos atiende a la forma final de la obra, para que en ella se revele la perfección del arte.

48. Así como la tierra convenientemente regada hace brotar con buen rendimiento la simiente allí echada, pero si es impregnada por demasiadas lluvias produce sólo espinas y maleza,⁴⁷ así, si usamos vino con moderación, también la tierra del corazón hace surgir puras sus simientes naturales, y las que son sembradas en ella por el Espíritu Santo tendrán una producción muy florecida y llena de frutos. Pero si se torna blanda por el exceso de bebida, verdaderamente produce todos sus pensamientos como espinas y maleza.

49. Cuando nuestro intelecto nada sobre las olas del exceso de bebida, no solo se detiene a observar con pasión las imágenes que los demonios representan en el sueño, sino que, plasmando en él algunos rostros

hermosos, usa sus propias fantasías como si fueran mujeres a quienes amar con ardor. En efecto, al inflamarse los órganos de la unión, por el fervor del vino, es absolutamente inevitable que el intelecto ofrezca a sí mismo la sombra ansiada de la pasión. Por lo tanto, deberemos huir del daño que produce el exceso, usando la moderación, porque el intelecto, cuando no tiene el placer que lo arrastra hacia la representación del pecado, permanece privado de fantasías y lo que es mejor, no debilitado.

50. Todas las bebidas manufacturadas —que los autores de esta invención llaman aperitivos porque, según parece, guían al vientre el conjunto de los alimentos— no deben tomarlas aquellos que quieren castigar las partes del cuerpo que se hinchan. Ya que no sólo su calidad es dañina a los cuerpos de los luchadores, sino que su misma mezcla sofisticada hiere demasiado la conciencia temerosa de Dios.⁴⁸ Pues, ¿qué le falta a la naturaleza del vino para que su vigor deba ser prostituido por la mezcolanza de olores varios?

51. A nuestro Señor y maestro de esta santa conducta, Jesucristo, le fue dada agua con vinagre por aquellos que servían bajo las órdenes del Diablo, para dejarnos —me parece— un ejemplo⁴⁹ claro de cuál debe ser nuestra disposición en las luchas santas. En efecto, —nos dice— aquellos que luchan contra el pecado no deberán hacer uso de alimentos y bebidas deliciosas, sino que más bien soportarán con fortaleza la amargura de la batalla. Y que agreguen un hisopo a la esponja de la ignominia, de modo que la figura de nuestra purificación se adapte perfectamente al modelo. Pues la aspereza es propia de las luchas, pero la fuerza de purificar es de la perfección.⁵⁰

52. Nadie puede demostrar que ir al baño es pecado o contra la razón, pero el abstenerse de ello, en nombre de la continencia, es prueba de fortaleza y de gran medida. (Así) pues esta agradable renuncia no volverá debilitado a nuestro cuerpo, ni recordaremos la deshonrosa desnudez de Adán, preocupándonos de cubrir con hojas la ocasión secundaria de la vergüenza;⁵¹ sobre todo nosotros que, habiendo huido recientemente de la corrupción de la vida, debemos unir la castidad de nuestro cuerpo a la belleza de la medida.

⁴⁸ La *Filocalia* anota en el margen: "Otros dicen: portadora de Dios."

⁴⁹ Cf. 1 P 2, 21.

⁵⁰ La expresión figurada de la purificación es dada por el vinagre, es decir la aspereza de la lucha, y del hisopo, símbolo de la purificación que se alcanza con la perfección.

⁵¹ Cf. Gn 3, 7. La desnudez de Adán fue el motivo secundario de su esconderse delante de Dios, siendo el primero la conciencia de su desobediencia.

⁴⁷ Cf. Gn 3, 18.

53. Nada impide que se haga llamar a los médicos en el tiempo de la enfermedad, pues fue en previsión de esta experiencia humana que resultara ese arte y que preexistieran los remedios. Pero no deberemos tener esperanza de curación en ellos, sino en el verdadero salvador y médico, Jesucristo. Digo estas cosas para aquellos que conducen bien el propósito de la continencia, en los cenobios o en las ciudades, porque ellos no pueden tener (en ello) la fe constantemente operante mediante el amor,⁵² debido también a circunstancias que pueden producirse; pero sobre todo, para que no caigan en la vanagloria y en la tentación del Diabolo, pues algunos se vanaglorian a menudo, de no tener necesidad de médicos. Pero si alguien conduce una vida retirada en lugares solitarios, solamente con dos o tres hermanos que siguen una regla de vida similar, que se acerque en la fe al único Señor que cura todas nuestras enfermedades y toda debilidad,⁵³ cualquiera sea esta enfermedad. Pues él tendrá suficiente consuelo de sus enfermedades, después del Señor, en la soledad; por lo que nada le faltará nunca en la íntima operación de la fe, sobre todo porque, usando la soledad como un bello velo, no encontrará ocasión de ostentar la virtud de la paciencia. Por esto es que el Señor *hace vivir a los solitarios en casa*.⁵⁴

54. Cuando, frente a las indisposiciones del cuerpo que nos asaltan, nos irritamos excesivamente, debemos comprender que nuestra alma se encuentra aún sometida a los deseos del cuerpo y, entonces, ansiando la prosperidad material, no quiere retirarse de los bienes de la vida, sino que juzga como un gran impedimento el no poder usar las cosas bellas que la misma ofrece, por culpa de las enfermedades; pero si acepta la molestia de la enfermedad dando acción de gracias, es claro que no está lejana de los confines de la impasibilidad. Es entonces que acepta con alegría también la muerte, como ocasión de una vida más verdadera.

55. El alma no puede desear separarse del cuerpo, si su disposición respecto de este aire (que respira) no es de total indiferencia. En efecto, todos los sentidos del cuerpo se oponen a la fe, ya que actúan solamente en las cosas presentes; aquella, sin embargo, anuncia la magnificencia de los bienes futuros. Conviene, pues, al luchador no ocuparse más de árboles de ramas frondosas y de mucha sombra, o de fuentes ricas en agua, o de prados variopintos y floridos, o de estancias con la familia, ni —si fuera el caso— (le conviene) recordarse de honores solemnes. De-

berá usar lo necesario con rendición de gracias, y considerar a la vida como un camino extranjero, desierto de toda disposición carnal. Y así, solamente si restringimos nuestra mente, la encaminaremos por entero hacia la vida eterna.

56. Que la vista, el gusto y los otros sentidos superan la memoria del corazón, es Eva la primera persona que nos lo predica. Pues hasta que ella no miró con placer el árbol prohibido, recordó diligentemente el orden divino; por lo que aún estaba protegida por las alas de ese amor, ignorando entonces su propia desnudez. Pero después que miró con placer al árbol y lo tocó con mucho deseo, y degustó con un placer eficaz su fruto, en seguida fue atraída hacia la unión corporal, inducida a la pasión porque estaba desnuda, dándose al goce de los bienes presentes con todo su deseo, habiendo unido a la suya la caída de Adán, por medio del fruto presuntamente dulce.⁵⁵

Por lo tanto, difícilmente el intelecto humano puede recordar a Dios o sus preceptos. Y nosotros, no apartando nunca la mirada de la profundidad de nuestro corazón, con un recuerdo incesante de Dios, pasamos por esta vida seductora como mutilados de la vista. Pues es propio de la filosofía verdaderamente espiritual custodiar siempre con alas despuntadas el deseo de los ojos. Y esto nos lo enseña también el experimentado Job, diciendo: *Y si también mi corazón se fue detrás de mis ojos...*⁵⁶ Hipótesis⁵⁷ que es realmente índice de una altísima continencia.

57. Aquel que habita siempre en su propio corazón, emigra de todas las bellezas de la vida. Pues al caminar por el espíritu, no puede conocer los deseos de la carne,⁵⁸ pues éste va y viene por donde está la guarnición de la virtud, teniendo a las virtudes mismas como porteras en la ciudadela de la castidad. Por lo tanto, las maquinaciones de los demonios no tienen resultado sobre él, aunque las flechas del amor vulgar alcancen de alguna manera las puertas de la naturaleza.

58. Cuando nuestra alma empieza a no desear más las bellezas de la tierra, entonces, la mayor parte de las veces, se le insinúa furtivamente un espíritu turbio que no le permite servir de buen grado al ministerio de la palabra, ni le deja un seguro deseo de los bienes futuros, disminuyéndole excesivamente la vida temporal, la cual no tendría ninguna obra digna de virtud; y desprecia la ciencia misma porque ha sido concedida ya a muchos

⁵⁵ Cf. Gn 3, 6.

⁵⁶ Jb 31, 7.

⁵⁷ Se trata, como se ve en el contexto del cap. 31 de Job, de una hipótesis irreal.

⁵⁸ Cf. Ga 5, 16.

⁵² Cf. Ga 5, 6.

⁵³ Cf. Mt 4, 23.

⁵⁴ Sal 67, 7.

otros, o porque no nos promete nada de perfecto. Pero nosotros huiremos de esta tibia pasión que genera lentitud, si establecemos a nuestra mente dentro de términos muy restringidos, dirigiendo nuestra mirada al solo recuerdo de Dios. Solamente así, retomando la carrera hacia su propio fervor, el intelecto podrá retirarse de esa especie de disipación irracional.

59. Cuando cerramos todas sus salidas con el recuerdo de Dios, el intelecto exige absolutamente de nosotros una obra que satisfaga (su necesidad) de actividad. Por lo tanto, deberemos darle solamente el *Señor Jesús*,⁵⁹ como íntegra aplicación para su objetivo. Nos dice, en efecto: *Nadie dice Señor Jesús si no es en el Espíritu Santo*.⁶⁰ Pero para no dirigirse a ninguna fantasía, contempla tan intensamente lo que dice, en su secreto. Pues cuantos meditan incesantemente este santo y glorioso nombre en la profundidad del corazón, también pueden alcanzar a ver la luz de su intelecto. Ya que, detenido por la mente con gran cuidado, el mismo quema con percepción intensa toda la suciedad que está sobre la superficie del alma. En efecto, dice: *Nuestro Dios es un fuego que devora*⁶¹ la malignidad. Por esto el Señor llama al alma a un gran amor de su gloria. Perdurando, en efecto, ese nombre glorioso y muy deseado, por medio del recuerdo del intelecto, en el fervor del corazón, opera completamente en nosotros el hábito de amar su bondad, sin que nada ya se lo impida. Ésta es la perla más preciada que uno puede comprar, después que ha vendido todo su patrimonio, y tener una alegría indecible por su descubrimiento.^{61bis}

60. Si una es la alegría que llena y otra la que hace que uno sea perfecto; la primera no está exenta de fantasía, y la segunda tiene como fuerza la humildad. Entre ellas está el luto que ama a Dios y las lágrimas sin dolor. Porque verdaderamente *en mucha sabiduría hay mucho conocimiento, y el que agrega conocimiento, agrega dolor*.⁶² Por lo tanto, antes que nada es necesario que el alma sea llamada a la alegría que introduce a las luchas, que sea acusada y puesta a prueba por la verdad del Espíritu Santo, respecto de los males que ha cometido y de las exaltaciones que todavía cumple: *Con reproches por la iniquidad* —dice en efecto— *has castigado al hombre y has disuelto como una telaraña su alma casta*.⁶³ De modo que, después que la acusación divina la haya pue-

to a prueba como en el crisol, ella reciba la operación íntima de la alegría privada de fantasía, en el cálido recuerdo de Dios.

61. Cuando el alma ha sido turbada por la ira, o entorpecida por la desmesura en los alimentos, u oprimida por un gran desánimo, el intelecto no puede —aunque se esfuerce en hacerlo— ser dueño del recuerdo de Dios. En efecto, estando totalmente oscurecido por la vehemencia de las pasiones, se torna completamente extraño al sentido que le es propio. Por lo tanto, el deseo no tiene dónde imprimir su sello, para que el intelecto lleve siempre presente la forma de la meditación, siendo dura la memoria de la mente, por la crudeza que le viene de las pasiones. Si el intelecto, sin embargo, se encuentra libre de las mismas, aunque el objeto deseado le es robado por breve tiempo por el olvido, de nuevo, usando la actividad que le es propia, toma ávidamente esa presa tan deseada, la que junto con el alma medita y clama al *Señor Jesucristo*, como una madre que enseña al propio hijo el nombre “padre” y lo repite⁶⁴ con él, hasta inducirlo en la costumbre de llamar claramente, aun en el sueño, “padre”, en lugar de un balbuceo infantil cualquiera. Por eso el Apóstol dice: *Así también el Espíritu socorre nuestra debilidad, ya que no sabemos lo que debemos pedir como es debido, sino que el Espíritu mismo intercede por nosotros, con gemidos inexpresables*.⁶⁵ Ya que nosotros somos como niños, frente a la perfección de la virtud, tenemos necesidad en todo de su ayuda, para que de su inefable dulzura, que abarca y llena de delicia todos nuestros pensamientos, nos dirijamos con toda nuestra disposición al recuerdo y al amor de Dios Padre nuestro. Por lo tanto, como el bienaventurado Pablo nos dice una vez más, cuando Él nos da el ritmo para llamar incesantemente a Dios Padre, es en Él que gritamos: *Abba, Padre*.⁶⁶

62. La cólera, más que las otras pasiones, suele turbar y confundir al alma, pero a veces también la beneficia. Cuando la usamos sin turbación, contra los malvados o los pecadores de todo tipo, para que sean salvados o sean acometidos por la vergüenza, le agregamos un tanto de mesura, ya que nos movemos totalmente hacia el objetivo de la justicia y de la bondad de Dios. Pero a menudo, irritándonos fuertemente contra el pecado, tornamos en viril lo que en ella hay de femenino. Y no dudemos que, impacientándonos contra el espíritu de la corrupción cuando estamos en un momento de gran desánimo, nos ubicamos con nuestro sentimiento por encima de la vanagloria de la muerte; esto hizo el Señor para amaestrar-

⁵⁹ Es decir la oración a Jesús.

⁶⁰ 1 Co 12, 3.

⁶¹ Dt 4, 24.

^{61bis} Cf. Mt 13, 45.

⁶² Qo 1, 18 (LXX).

⁶³ Sal 38, 12.

⁶⁴ Literalmente “medita”.

⁶⁵ Rm 8, 26.

⁶⁶ Ga 4, 6.

nos, cuando se impacientó dos veces en su espíritu contra el Hades y se turbó —justamente Él que hace todo lo que quiere con voluntad impasible— y así devolvió el alma al cuerpo de Lázaro.⁶⁶ De modo que me parece que la cólera sabia fue ofrecida a nuestra naturaleza más bien como arma de justicia, por parte de Dios, nuestro creador. Si Eva se hubiese servido de ella contra la serpiente, no habría vivido la operación de aquel placer pasional;⁶⁷ y es para mí claro que el que usa la cólera por celo de piedad será encontrado digno de una mayor aprobación en la balanza de la remuneración, que aquel que no es llevado por la cólera por lentitud del intelecto. Ya que si uno demuestra tener un auriga de los sentimientos humanos poco ejercitado, el otro es el que guía los caballos de la virtud y es llevado en el medio de las huestes del Demonio, ejercitando en el temor a Dios la cuadriga de la continencia, y es justamente aquel cuadro de Israel que encontramos en las Escrituras, cuando Elías fue raptado hacia lo alto.^{67bis} En efecto, los judíos son los primeros a los que resulta claro que es allí que Dios predicó nítidamente respecto a las cuatro virtudes.⁶⁸ Por lo tanto, este alumno tan grande y tan elevado en su sabiduría fue levantado en un carro de fuego, el sabio usó —me parece— de sus virtudes como de caballos, en el Espíritu que lo raptó en un viento de fuego.

63. Aquel que participa del santo conocimiento y ha gustado de la dulzura de Dios, no debe nunca actuar en un juicio ni hacer una causa contra nadie, aunque alguno se llevara el vestido que él tiene puesto. Pues la justicia de los príncipes de este mundo es absolutamente inferior a la justicia de Dios, o más bien, no es nada frente al derecho de Dios. Pues ¿qué diferencia habría entre los hijos de Dios y los hombres de este siglo, si el derecho de éstos no apareciera como inferior a la justicia de aquellos? Por lo que, por un lado se habla del derecho humano y por otro de la justicia divina. Así, pues, nuestro Señor, injuriado, no respondió a las injurias, no amenazó al sufrir,^{68bis} soportó en silencio que incluso le sacaran las vestiduras, sufriendo por nuestra salvación,⁶⁹ y lo que es más grande, rogó al Padre por los malhechores.⁷⁰

En cambio, los hombres del mundo no cesan de intentar litigios si no recuperan, a veces con usura, los bienes en causa; sobre todo cuando

⁶⁶ *bis* Cf. Jn 11, 33 y otros.

⁶⁷ Cf. Gn 3, 6.

^{67bis} Cf. 2 R 2, 11.

⁶⁸ Cf. nota 9*bis*: p. 192.

^{68bis} Cf. 1 P 2, 23.

⁶⁹ Cf. Is 53, 4.

⁷⁰ Cf. Lc 23, 34.

cobran los intereses antes que la deuda, de modo que su derecho se torna, a menudo, principio de gran injusticia.

64. He oído que algunas personas pías dicen que no debemos permitir a los que nos asaltan, que se lleven los bienes que tenemos para nuestro mantenimiento o para el alivio de los pobres, para no sostener con nuestra tolerancia el pecado respecto a aquellos que cometen injusticia en nuestra contra; sobre todo si padecemos esto por parte de los cristianos. Pero ello no es más que amar a las cosas propias más que a uno mismo, con un pretexto poco razonable. Si, en efecto, dejando de rezar y de prestar atención a mi corazón, empezara, poco a poco, a intentar causas contra aquellos que quieren vejarme, y a pasar mi tiempo sentado en las antecámaras de los tribunales, es claro que considero como más importante que mi propia salvación, justamente aquello en que he padecido injusticia, o incluso más importante que el mismo saludable precepto. ¿Cómo podré acatar enteramente el mandamiento evangélico que me ordena: *No pidas lo que es tuyo al que te lo quita*,⁷¹ si no soporto con alegría, según el dicho apostólico, el robo de las cosas que poseo? Esto, porque el que se le haga justicia y le sea devuelto aquello en que se vio perjudicado, no libera del pecado al ambicioso, pues los tribunales corruptibles no pueden poner límites al incorruptible juicio de Dios. En efecto, el culpable satisface exclusivamente estas leyes, ante las cuales se defiende de las acusaciones. Entonces está bien soportar la prepotencia de aquellos que quieren hacernos injusticia, y rezar por ellos para que sean liberados de la acusación de avaricia, por medio del arrepentimiento, y no ciertamente mediante la devolución de lo que han robado. Esto es lo que quiere la justicia de Dios, ya que con ello recuperamos del pecado no al que satisfizo su avaricia, sino al ávido mismo, liberándolo por medio del arrepentimiento.

65. Es muy conveniente y en todo útil que, habiendo conocido el camino de la piedad, vendamos de inmediato todo lo que tenemos y distribuyamos lo obtenido según el precepto del Señor,⁷² sin descuidar el orden saludable con el pretexto de querer continuar con el cumplimiento de los preceptos.⁷³ De esto surgirá la falta de solicitud y luego la pobreza no insidiosa, la cual desprecia toda injusticia y toda justicia, por el hecho de que no tenemos más leña que encienda el fuego de los ávidos. Pero más que las otras virtudes nos confortará la humildad y hará que

⁷¹ Lc 6, 30.

⁷² Cf. Mt 19, 21.

⁷³ Cf. el capítulo siguiente.

encontremos reposo en su seno, pues estaremos desnudos; como una madre acoge y calienta en sus brazos a su hijo, cuando —en su infantil simplicidad— y tirando lejos sus ropas, disfrutando aún más, en su gran inocencia, de su desnudez que de la variedad colorida de sus ropas; pues, dice: *El Señor custodia a los pequeños: he sido humillado y me ha salvado.*⁷⁴

66. El Señor nos pedirá cuenta de la limosna en todo, según lo que poseamos y no según lo que no poseamos. Entonces, si lo que tendría que haber dado por mucho tiempo, por temor a Dios, yo lo prodigo en poco tiempo, acatando ese orden dulce y entusiástico, ¿de qué seré acusado, al no poseer nada más? Pero alguien dirá: ¿de dónde recibirán entonces, en adelante, los pobres, habituados a recibir mesuradamente y un poco por vez, de lo nuestro? Que éste aprenda a no blasfemar contra Dios, con el pretexto de su propio amor a la riqueza, ya que Dios no dejará de gobernar, como desde un principio, sobre su criatura. Pues, antes que éste o aquél se levantara para hacer limosna, a los pobres no les faltaba ni qué comer ni con qué cubrirse. Está bien entonces, en razón de este conocimiento, rechazar con un buen servicio ese sentimiento poco razonable y esa vanagloria que provienen de la riqueza, odiando los propios deseos, que es como odiar la propia alma,⁷⁵ de modo que, no alegrándonos más por la distribución de nuestras riquezas, despreciemos nuestra alma como si fuera la de alguien que no obra ningún bien. En efecto, mientras prosperamos en nuestras riquezas, disfrutamos mucho —si es que en nosotros está obrando el bien— de su disipación como de un servicio prestado con alegría⁷⁶ al orden divino; pero cuando hemos dado todo, nos asalta la tristeza infinita y la humillación como a alguien que no hace nada digno de justicia. Así, el alma retorna a sí misma con mucha humildad, y lo que hubiera podido adquirir cada día mediante la limosna, lo conquista con el esfuerzo de la oración, de la paciencia y la humildad. Nos dice, en efecto: *El mísero y el pobre alabarán tu nombre, Señor.*⁷⁷ Y por otro lado, el don de la teología no está preparado para alguien por Dios, si éste no se prepara a sí mismo y no se dispone a perder todo lo que posee por la gloria del Evangelio de Dios, de modo que en la pobreza, de cara a Dios, sea evangelizada la riqueza del reino de Dios. Pues, aquel que dijo: *La has preparado para el pobre, oh Dios, y*

⁷⁴ Sal 114, 6.

⁷⁵ Cf. Lc 14, 26.

⁷⁶ Cf. 2 Co 9, 7.

⁷⁷ Sal 73, 21.

prosiguiendo: *El Señor dará la palabra a aquellos que evangelizan con gran potencia,*⁷⁸ indica claramente todo esto.

67. Todos los dones de nuestro Dios son muy buenos⁷⁹ y causa de toda bondad, pero ninguno enciende y mueve tanto nuestro corazón al amor de su bondad, como la teología. Siendo el brote matutino de la bondad de Dios, ella da al alma dones que son absolutamente primarios. Ante todo, nos prepara a despreciar con alegría todo amor a la vida, como quien, en lugar de deseos corruptibles, tiene la riqueza indecible de las palabras de Dios. Pero luego, con el fuego transformante, ilumina nuestro intelecto, mezclándolo con los espíritus que lo sirven. Entonces queridísimos, nosotros, que hemos sido preparados para esto, deseemos⁸⁰ sinceramente esta virtud espléndida, contemplativa, dispensadora de toda ausencia de afanes, que con un rayo de luz indecible, nutre al intelecto con las palabras de Dios, y que —para ser breve— por medio de los santos profetas ha casado con la Palabra Dios el alma racional, en una comunión inseparable; de modo que aun acerca de los hombres —¡cosa admirable!— la divina iniciadora de ese casamiento armonice las voces divinizantes que cantan claramente a las obras poderosas del Señor.⁸¹

68. Nuestro intelecto soporta mal la oración, por el carácter demasiado estrecho y retraído de la virtud de orar; sin embargo, se entrega con alegría a la teología, por la largura y la dilatación de las divinas especulaciones. Por lo tanto, para no ofrecerle el camino abierto al mucho hablar, o incluso al impedirle que se levante en vuelo más allá de lo posible por la alegría, dediquémonos el mayor tiempo posible a la oración, a la salmodia⁸² y a la lectura de las Escrituras, sin descuidar las especulaciones de los sabios, cuya fe es reconocida por sus palabras. Haciendo así, disponemos el intelecto a no mezclar sus palabras con las de la gracia, y no permitimos que el mismo se deje arrastrar por la vanagloria, disipado por el exceso de alegría y de palabras. Pero lo custodiaremos incluso fuera de toda fantasía, en el tiempo de la contemplación, y por esto haremos que casi cada pensamiento sea fuente de lágrimas. Y entonces, reposando en los tiempos de la *hesichía* y saboreando toda la gran dulzura de la oración, no sólo está libre de las culpas antes mencionadas, sino que, renovándose más y más, se lanza rápidamente y sin fatiga hacia las

⁷⁸ Sal 67, 10-11.

⁷⁹ Cf. Gn 1, 31.

⁸⁰ Cf. ed. crít.

⁸¹ Cf. Sal 20, 14.

⁸² Cf. n.º 73.

divinas especulaciones, progresando en la teoría del discernimiento, con mucha humildad. Pero hay que saber que existe una oración que se encuentra más allá de toda dilatación de especulaciones divinas, y ésta es sólo de aquellos que han sido inundados por la gracia divina, en un total sentido de plena certeza.

69. La gracia, en principio, suele iluminar con su luz al alma, con una fuerte percepción. Pero, con el progresar de la lucha, a menudo obra, íntimamente sus misterios en el alma teológica, sin que ella lo advierta; ya que para que nos encaminemos rápidamente y llenos de alegría sobre los rastros de las especulaciones divinas, como llamados por la ignorancia hacia el conocimiento; o a veces, en el medio de la lucha, para custodiar nuestro conocimiento sin vanagloria. Deberemos, pues, entristecernos moderadamente, no bien nos sintamos abandonados, para estar más humillados y sometidos a la gloria del Señor; pero alegrémonos oportunamente, cuando la buena esperanza nos haga levantar vuelo. Pues así como el exceso de tristeza reduce al alma a la desesperación y a la falta de fe, también el exceso de alegría la invita a la presunción. Hablo por aquellos que son aún infantes; pues entre la iluminación y el abandono está la prueba, y entre la tristeza y la alegría, la esperanza: *Esperando* — dice, en efecto— *he esperado al Señor, y se dirigió a mí;*⁸³ e incluso: *según la multitud de dolores en mi corazón, tus consuelos han alegrado el alma mía.*⁸⁴

70. Así como las puertas de los baños, si son continuamente abiertas, permiten que salga más rápidamente el calor desde su interior, así también el alma, cuando tiene deseos de hablar mucho, aunque diga sólo cosas bellas, pierde su recuerdo (de Dios) por medio de la puerta de la voz; por lo tanto, el intelecto permanece privado de los pensamientos del Señor y vuelca sobre el primero que pasa ese hurtarse turbulento de las palabras, ya que no tiene más al Espíritu Santo que custodie sin fantasías la misma mente. Pues el bien huye siempre de la locuacidad, siendo extraño a toda turbación o fantasía. Por lo tanto, el buen silencio es oportuno, no siendo otra cosa que padre de pensamientos sapientísimos.

71. La palabra misma de la ciencia nos enseña que muchas pasiones molestan grandemente, desde un principio, al alma teológica; pero más que todas, la ira y el odio. Y sufre esto, no tanto a causa de los demonios que obran en ella estas cosas, cuanto por su propio progreso. Ya que,

⁸³ Sal 39, 2.

⁸⁴ Sal 93, 19.

mientras el alma se conforma con el pensamiento del mundo, aunque vea el derecho pisoteado por algunos, permanece sin sacudimientos e imperturbable. En efecto, al ocuparse de sus propios deseos, no mira el derecho de Dios. Pero cuando comienza a encontrarse por encima de sus pasiones, a causa del desprecio hacia las cosas presentes y de la caridad de Dios, no soporta ver el derecho violado ni en sí misma ni en los otros, enojándose con los malhechores, y se turba hasta que no ve que los violadores de la justicia se disculpan, en honor a ella. Por lo tanto, odia a los injustos y ama supremamente a los justos, porque el ojo del alma no se deja llevar por el error cuando ha reducido su velo —es decir, el cuerpo— a una gran ligereza, por medio de la continencia. Pese a ello, antes que odiar a los injustos es mucho mejor llorar la propia insensibilidad. Porque, aunque aquellos son dignos de odio, la razón no quiere que el alma amiga de Dios sea molestada por el odio. Pues, si hay odio en el alma, en ella no opera la ciencia.

72. El intelecto teológico, compenetrado de dulzura e insuflada su alma por las mismas palabras de Dios, arriba en el tiempo propicio a los espacios de la impasibilidad. Dice, en efecto: *Las palabras del Señor, palabras castas, plata probada sobre el fuego, depuradas de la tierra.*⁸⁵ El gnóstico, sin embargo, confirmado por la experiencia de la operación íntima, se torna superior a las pasiones. Pero también el teólogo, si adopta una actitud humilde, gusta de la experiencia cognoscitiva; mientras que el gnóstico, si conserva sin error aquella parte de su alma dotada de discernimiento, puede gustar poco a poco, de la virtud contemplativa. Pues no sucede que ambos dones sean dados por entero a cada uno, de modo que, admirando cada uno de ellos lo que en el otro es superior, abunda en ellos la humildad con celo de justicia. Por esto el Apóstol dice: *A uno, mediante el Espíritu, le fue dada la palabra de la sabiduría; al otro, la palabra de la ciencia, según el mismo Espíritu.*⁸⁶

73. Cuando el alma posee con abundancia sus frutos naturales, hace la salmodia en voz más alta y prefiere rezar vocalmente. Pero cuando actúa en ella el Espíritu Santo, salmodia con todo abandono y dulzura, y reza sólo con el corazón. En su primera disposición la invade una alegría imaginativa; en la segunda, lágrimas espirituales y luego una cierta euforia ávida de silencio. Pues el recuerdo de Dios, conservando su fervor gracias a la retención de la voz, prepara el corazón para que lleve pensamientos que generan lágrimas llenas de dulzura. Por esto, es verdade-

⁸⁵ Sal 11, 7.

⁸⁶ 1 Co 12, 8.

ramente posible ver las simientes de la oración sembradas con lágrimas, en la tierra del corazón, con la esperanza que da la alegría de la cosecha.⁸⁶ Pero cuando estamos aquejados por mucho desánimo, es necesario que hagamos la salmodia con voz un poco más alta, emitiendo los acentos del alma con la alegría de la esperanza, de modo que esa pesada nube sea disuelta por los vientos de la melodía.

74. Cuando el alma accede al conocimiento de sí misma produce, también por sí misma, un fervor y un pudor que gusta a Dios. En efecto, al no estar confundida por los afanes de la vida, genera un cierto amor a la paz, buscando de alguna manera al Dios de la paz.⁸⁷ Pero es rápidamente distraída por este sentimiento, ya sea que su recuerdo sea traicionado por los sentidos, ya sea que la naturaleza, por pobreza, consuma demasiado aprisa sus propio bien. Por lo que los sabios de la antigua Grecia no tuvieron, como era necesario, lo que creían haber alcanzado mediante la continencia, porque no obraba en su intelecto la eterna y siempre veraz sabiduría. Pero el fervor producido por el Espíritu Santo en el alma, es ante todo, pacífico y estable, e invita a todas las partes del alma al deseo de Dios, y no va más allá de ella, sino que, por medio de la misma, sume en la alegría al hombre hasta la caridad y la alegría infinita. Es necesario que aquellos que tienen ese primer conocimiento, alcancen también éste, pues el amor natural es indicio de que la naturaleza goza de una cierta sanidad, debido a la continencia, pero no puede conducir el intelecto a la impasibilidad, como el amor espiritual.

75. Así como este aire que nos rodea, cuando sopla sobre la creación el viento septentrional, permanece puro por una cierta ligereza natural del viento que trae el sereno, pero si sopla el viento del sud, el aire se torna todo turbio, por la naturaleza enrarecida de este viento que, por una cierta afinidad con las nubes, las arrastra sobre toda la tierra desde sus regiones; así también el alma, cuando está sujeta a la energía del soplo del verdadero y santo Espíritu, se encuentra fuera del hollín demoníaco, pero cuando sopla fuertemente sobre ella el espíritu del error, está toda cubierta por las nubes del pecado. Deberíamos,⁸⁸ entonces, dirigir con toda la fuerza nuestra atención hacia el aire vivificante y purificante del Espíritu Santo, es decir, ese soplo que el profeta Ezequiel, a la luz de la ciencia, vio venir del septentrión; de modo que la parte contemplativa de nuestra alma permanezca siempre pura,

y así lleguemos sin error a las especulaciones divinas, mirando en un aire de luz las realidades luminosas. Ésta es en efecto la luz de la verdadera ciencia.

76. Algunos imaginan que en los bautizados se esconden en el intelecto al mismo tiempo la gracia y el pecado, es decir el espíritu de la verdad y el espíritu del error; por lo que dicen que uno de los dos personajes exhorta al intelecto hacia el bien, y el otro, inmediatamente, hace lo contrario. Yo, sin embargo, he entendido de las mismas Escrituras y del mismo sentido espiritual, que antes del santo bautismo, la gracia desde afuera, empuja al alma hacia el bien, mientras que Satanás se esconde en sus profundidades, tratando de obstruir todas las salidas del intelecto hacia la derecha.⁸⁹ ¡Pero desde el momento mismo en que somos regenerados, el demonio queda del lado de afuera, y adentro se encuentra la gracia! Por lo que encontramos que, así como una vez el error dominaba el alma, así, después del bautismo, la domina la verdad. También Satanás, por otro lado, es un ser operante en el alma, después como antes, y a menudo en forma peor, pero no como presente junto a la gracia —no lo está más—, sino como haciendo evaporar en el intelecto, por medio de los humores del cuerpo, la dulzura de los placeres irracionales. Y esto sucede con el permiso de Dios para que el hombre, pasando por la tempestad, el fuego y la prueba alcance —si quiere— el goce del bien. Nos dice, en efecto: *Hemos pasado por el fuego y el agua y nos has conducido al refrigerio.*⁹⁰

77. La gracia, como dije, desde el momento mismo en que somos bautizados se esconde en la profundidad misma del espíritu, escondiendo su presencia a la percepción del mismo. Pero luego que uno empieza con resolución a amar a Dios, entonces, con un conversar indecible y por medio del sentido del intelecto, ella participa al alma con una parte de sus bienes. Por lo que, aquel que quiere poseer con seguridad y por entero esta cosa encontrada, llega a tener un deseo tal, que vende todos sus bienes con gran alegría, para adquirir realmente el campo en el cual ha encontrado escondido el tesoro de la vida.⁹¹ Pues cuando uno vende toda su riqueza material, entonces encuentra el lugar donde se halla escondida la gracia de Dios; ya que según el progreso del alma, también el don divino manifiesta su hondad por el intelecto. Y el Señor permite que el alma sea molestada aún más por los demonios, para enseñarle oportunamente la distinción entre el bien y el mal, perfeccionándola en una

⁸⁶ bis Cf. Sal 125, 5 y ss.

⁸⁷ Cf. ed. crit.

⁸⁸ Cf. ed. crit.

⁸⁹ Es decir, todas las vías que conducen a Dios.

⁹⁰ Sal 65,12.

⁹¹ Cf. Mt 13, 4.

mayor humildad, por la gran vergüenza que, debido a la vileza de los pensamientos demoníacos, nace en ella cuando se purifica.

78. Nosotros somos según la imagen de Dios, por el movimiento inteligente del alma, de la que el cuerpo es como la casa. Puesto que, a continuación de la transgresión de Adán, no sólo los rasgos de la impronta del alma han sido manchados, sino que también nuestro cuerpo ha caído bajo la corrupción; por esto el Verbo de Dios se hizo carne y nos obsequió —como Dios— el agua de salvación, por medio de su bautismo para la regeneración. Nosotros somos regenerados por medio del agua, por la operación del santo y vivificante Espíritu, por lo que de inmediato, si nos acercamos a Dios con total disposición, somos purificados en nuestra alma y en nuestro cuerpo, porque el Espíritu Santo habita en nosotros, y el pecado es puesto en fuga por Él. Pues no es posible que, siendo única y simple la impronta del alma, como algunos imaginaron, estén presentes en ella contemporáneamente dos personas. En efecto, si la gracia divina por medio del santo bautismo se casa con un amor infinito de rasgos de quien es según la imagen, con un tanto de semejanza, ¿dónde podría haber lugar para la persona del Maligno, desde el momento que no hay ninguna comunión entre la luz y las tinieblas? Y nosotros, atletas de los sagrados agones, que creemos que la serpiente multiforme es arrojada fuera de los recesos del intelecto por medio del baño de la incorrupción, no nos preguntamos con estupor por qué después del bautismo, todavía tenemos malos pensamientos junto con los buenos. Pues, el baño de la santidad quita de nosotros la mancha del pecado, pero no transforma la duplicidad de nuestro querer, ni impide ciertamente que los demonios nos hagan la guerra o nos digan palabras de ilusión, de modo que lo que no custodiábamos cuando éramos *según natura*,⁹² con las armas de la justicia, lo conservemos para la potencia de Dios.

79. Satanás, como he dicho, es arrojado fuera del alma por medio del santo bautismo, pero le es permitido —por los motivos ya enunciados— operar en ella por medio del cuerpo. En efecto, la gracia de Dios habita en la profundidad misma del alma, es decir, en el intelecto, pues nos dice: *Toda la gloria de la hija del rey está en su íntimo*,⁹³ y no aparece a los demonios; por ello, de la misma profundidad de nuestro corazón nosotros percibimos el surgir del divino deseo, cuando recordamos con fervor a Dios. Pero desde entonces, los espíritus malignos asaltan los sentidos del cuerpo y allí se adhieren, operando, por medio de la buena

⁹² La *Filocalia* usa la palabra *físicos* donde otros textos dan la palabra *psíquicos*. Cf. 1 Co 2, 14-15.

⁹³ Sal 44, 13.

disposición de la carne, sobre aquellos que aún son infantiles en su alma. Así pues, nuestro intelecto siempre, según el divino Apóstol, se complace en la ley del Espíritu,⁹⁴ pero los sentidos de la carne quieren ser arrastrados por la dulzura de los placeres. Y así, la gracia, por medio del sentido del intelecto, alegra al cuerpo en una indecible exultancia, en aquellos que progresan en la ciencia; pero los demonios, sobre todo cuando nos sorprenden corriendo la carrera de la piedad con descuido e indiferencia, toman nuestra alma como prisionera por medio de los sentidos del cuerpo, exhortándola con violencia a hacer —esos asesinos— lo que ella no quiere.

80. Aquellos que sostienen que en los corazones de los fieles están presentes, al mismo tiempo, las dos personas: de la gracia y del pecado, debido al hecho de que el Evangelista dijo: *La luz resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron*,⁹⁵ quieren confirmar su opinión diciendo que el esplendor divino no es manchado, de ninguna manera, por su convivencia con el Maligno, aunque la luz divina —dicen— se acerque en el alma a las tinieblas del demonio. Pero la misma palabra evangélica demuestra que ellos piensan por fuera de las santas Escrituras. Pues, el Verbo de Dios, la Luz verdadera, juzgó necesario manifestarse a la Creación en su carne, habiendo encendido en nosotros la de la santa ciencia, con inmesurable amor al hombre su luz; pero la sapiencia del mundo no recibió el diseño de Dios, es decir, no lo conoció, porque la sapiencia de la carne es enemiga de Dios;⁹⁶ por esto el teólogo usó la antedicha expresión. En efecto, después de algunas palabras, el bienaventurado agrega: *La luz verdadera que ilumina a cada hombre vino al mundo; dice “ilumina” para decir: guía y vivifica; estaba en el mundo, y el mundo fue por medio de Él, y el mundo no lo conoció. Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron; pero a cuantos lo recibieron les dio el poder de ser hijos de Dios, a aquellos que creyeron en su nombre*.⁹⁷ Y también el sapientísimo Pablo, interpretando el “no lo han recibido”, dice: *No es que yo lo haya ya alcanzado o que ya me haya vuelto perfecto, sino que sigo, por si logro asir aquello para lo cual Jesucristo me ha asido a mí*.⁹⁸ De modo que el Evangelista no dice de Satanás que no ha asido la luz verdadera, siéndole desde un principio extraña porque en él no resplandece; sino que con esa palabra estigmatiza justamente a los hombres que, aun

⁹⁴ Cf. Rm 7, 22.

⁹⁵ Jn 1, 5.

⁹⁶ Cf. Rm 8, 6.

⁹⁷ Jn 1, 9-12.

⁹⁸ Flp 3, 12.

escuchando las grandezas y las maravillas de Dios, no quieren acercarse a la luz de su conocimiento, a causa del oscurecimiento de sus corazones.

81. La palabra de la ciencia⁹⁹ nos enseña que hay dos tipos de espíritus malignos, los unos son como más ligeros y los otros más materiales; los que son más ligeros entablan la guerra al alma, mientras que los otros suelen servir a la carne con exhortaciones lascivas. Por lo tanto, se oponen siempre entre ellos, esto es, los demonios que luchan contra el alma y los que luchan contra el cuerpo, aunque tienen el propósito común de dañar a los hombres. Cuando la gracia no habita en el hombre, éstos se adhieren como serpientes a las profundidades del corazón, y no permiten absolutamente que el alma dirija su mirada al deseo del bien. Pero cuando la gracia está escondida en el intelecto, como nubes oscuras recorren las partes del corazón, asumiendo la forma de pasiones pecaminosas y de variadas distracciones, de modo que, al distraer el recuerdo del intelecto, lo arrancan de su comunión con la gracia. Cuando los demonios que asedian a la gracia encienden las pasiones psíquicas, sobre todo la presunción, que es la madre de todos los males, es pensando en nuestro cuerpo licencioso que nos avergonzamos con nuestro amor a la gloria. Pero lo mismo deberemos hacer también cuando los demonios que luchan con el cuerpo preparan nuestro corazón, induciéndolo a hervir con turbias pasiones; es éste el único pensamiento que puede abatir toda la variedad de espíritus malignos, con la memoria de Dios. Pero si de nuevo los demonios psíquicos¹⁰⁰ nos insinúan un desprecio ilimitado por la naturaleza humana como digna de ninguna consideración a causa de la carne¹⁰¹ (esto aman hacer cuando alguien los quiere atormentar con tal pensamiento), entonces pensemos en la gloria y en el honor del Reino de los Cielos, sin descuidar la amargura y la oscuridad del juicio; para confortar, por un lado, nuestro desánimo y por otro, criticando la ligereza de nuestro corazón.

82. Nuestro Señor en los Evangelios nos enseña que cuando Satanás al volver, encuentra barrida y vacía su casa, es decir un corazón infructuoso, entonces toma consigo a siete espíritus peores que él, entra en ella y así se esconde, haciendo que la última situación del hombre sea peor que la precedente.¹⁰² Por lo tanto, deberemos pensar que mientras el Espíritu Santo esté en nosotros, Satanás no puede entrar ni permanecer en las profundidades de nuestra alma. Y también el divino Pablo nos

enseña claramente el sentido de esta teoría; al considerar el aspecto de la cuestión, desde el punto de vista de la ciencia del combate, así dice: *Cierto que me deleito en la Ley de Dios, según el hombre interior, más veo otra ley en mis miembros que repugna a la Ley de mi mente y me sojuzga a la ley del pecado que está en mis miembros.*¹⁰⁵ Y desde el punto de vista de la perfección dice: *Ahora no hay condenación alguna para los que caminamos, no según la carne sino según el espíritu. La ley del Espíritu de la vida me ha liberado de la ley del pecado y de la muerte.*¹⁰⁴ Y en otro lado nos dice, para enseñarnos de nuevo que desde el cuerpo, Satanás combate al alma que es partícipe del Espíritu Santo: *¡En piel, pues, ceñidos los lomos con la verdad y vestidos con la coraza de la justicia, los pies calzados con la prontitud del Evangelio de la paz. Abrazad en todas las ocasiones el escudo de la fe, con el cual podréis apagar todos los dardos encendidos del Maligno. Recibid asimismo, el yelmo de la salud y la espada del Espíritu que es la Palabra de Dios.*¹⁰⁵ Pero una cosa es ser prisionero de guerra, y otra cosa es la lucha. La primera significa llevarse algo de modo violento; la otra manifiesta una carrera entre fuerzas parejas. Precisamente por esto, el Apóstol dice que el Diablo asalta a las almas portadoras de Cristo, incluso con flechas encendidas. Pues aquel que no logra dominar al propio adversario, usa constantemente las flechas contra él, para poder dar caza con armas aladas a aquel que lo combate de lejos. Así, pues, también Satanás, al no poder anidarse como antes en el intelecto de los luchadores por la presencia de la gracia, sobrevuela su humor y se anida en su cuerpo, para engañar al alma por medio de la blandura de aquel. Por lo tanto, debemos debilitar el intelecto en la medida conveniente, a fin de que, a causa de su humor, no resbale hacia la dulzura de los placeres.

Debemos confiar en la misma palabra apostólica respecto de que el intelecto de los luchadores pasa por la operación de la luz divina; en consecuencia, sirve y se complace de la ley divina. La carne, por otro lado, a causa de su blandura, acoge de buen grado a los espíritus malignos, y a veces es arrastrada a servir a su maldad. De lo que se demuestra que el intelecto no es una habitación común de Dios y del Diablo; ya que, ¿cómo (podría valer la palabra) *si con el intelecto, sirvo a la ley de Dios, con la carne a la ley del pecado,*¹⁰⁶ si el intelecto no se dispusiera a la batalla con los demonios, en total libertad, remitiéndose de buena ga-

⁹⁹ Cf. 1 Co 12, 8.

¹⁰⁰ Es decir los que le hacen la guerra al alma.

¹⁰¹ Cf. ed. crít.

¹⁰² Cf. Mt 12, 45.

¹⁰⁵ Rm 7, 22-23.

¹⁰⁴ Rm 8,1.

¹⁰⁵ Ef 6, 14-17.

¹⁰⁶ Rm 6, 25.

na a la bondad de la gracia; pero si el cuerpo, sin embargo, no recibiera de buen grado el perfume de los placeres irracionales, ¿por qué, como se ha dicho, entre los luchadores está permitido a los espíritus malignos el anidarse en ellos? *Sé, en efecto* —dice—, *que el bien no habita en mí sino en mi carne*,¹⁰⁷ es decir, en aquellos que resisten el pecado en medio de las luchas. Y el Apóstol no dice eso por sí mismo.¹⁰⁸ Entonces, los demonios no entablan la guerra al intelecto, sino que empiezan con relajar a la carne con demandas lascivas induciéndola a las dulzuras de los placeres. Les es permitido, de una vez por todas, según un justo juicio, habitar en las profundidades del cuerpo, aun en aquellos que luchan intensamente contra el pecado, porque la libre voluntad del hombre está siempre sometida a prueba. Pero si uno pudiera, estando aún vivo, morir por la fatiga, desde ese momento se convertiría por entero en habitación del Espíritu Santo, ya que un hombre tal habría ya resurgido antes de morir: lo que el mismo bienaventurado Pablo era, y todos aquellos que perfectamente lucharon, y lucharon contra el pecado.

83. El corazón produce también por sí mismo pensamientos buenos y no buenos, pero no es por naturaleza que fructifican los pensamientos no buenos, sino que el mismo tiene como hábito, a causa del aquel primer y decisivo engaño, el recuerdo del mal. Pero en la mayor parte de los casos, el corazón concibe los malos pensamientos de la amargura de los demonios. Nosotros, sin embargo, los sentimos a todos como provenientes del corazón, y es por esto que algunos suponen que en el intelecto conviven la gracia y el pecado; por esto se dice que el Señor ha dicho: *las cosas que vienen de la boca, vienen del corazón y son aquellas que contaminan al hombre: del corazón vienen, en efecto, los malos pensamientos, los adulterios, etc.*¹⁰⁹ Pero no saben que nuestro intelecto, mediante la actividad de un sentido sutilísimo, toma como propia, por medio de la carne, la actividad de aquellos mismos pensamientos que le son insinuados por los espíritus malignos, porque la disposición del cuerpo la lleva aún más a esto —cómo, no lo sabemos— debido a la mezcla de aquellos; pues la carne ama sin medida la adulación del engaño. Por esto parece que salieran del corazón también los pensamientos sembrados por los demonios del alma. Pero nosotros los hacemos realmente nuestros, cuando queremos complacerlos, y es esto lo que el Señor reprochó cuando —tal como lo muestra la misma palabra divina— se sirvió de las palabras citadas anteriormente. Pues aquel que se com-

place con los pensamientos insinuados por la malicia de Satanás, casi como escribiendo su recuerdo en el propio corazón, es claro que luego los produce como frutos de su propio pensamiento.

84. El Señor dice en los Evangelios que el que es fuerte no puede ser echado de su casa, si el que es más fuerte que él no lo ata y lo echa después de haberlo depredado.¹¹⁰ ¿Cómo puede aquel que es echado con tanta ignominia, entrar de nuevo y convivir con el verdadero patrón de la casa, que reposa a gusto en propia casa? Pues esto no se le ocurriría a un rey, el cual venció una vez a un competidor rebelde, que éste pueda habitar junto a él en los palacios reales; más bien lo degollaría en seguida o lo entregaría encadenado a sus soldados, para que sea sometido a un largo suplicio o a una muerte miserable.

85. Si alguno supone que el Espíritu Santo y el Diablo habitan juntos en el intelecto, por el hecho de que podemos tener al mismo tiempo pensamientos buenos y malos, que sepa que esto se produce porque nosotros aún no hemos gustado ni visto que el Señor es bueno.¹¹¹ Ante todo, como dije anteriormente, la gracia esconde su presencia en aquellos que son bautizados, atendiendo al propósito del alma. Pero una vez que el hombre se dirige enteramente al Señor, entonces manifiesta al corazón su presencia con un sentido indecible, y de nuevo atiende al movimiento del alma, permitiendo que los dardos del Demonio alcancen su sentido profundo, de modo que busque a Dios con propósito más fervido y humilde disposición. Si luego el hombre empieza a progresar observando los preceptos, e invoca incesantemente al Señor Jesús, entonces el fuego de la santa gracia se distribuye también a los sentidos exteriores del corazón, a fin de consumir enteramente la maleza de la tierra humana. Entonces, los ataques del Demonio llegan alejados de aquellos lugares, hundiéndose levemente en la parte sensible del alma. Cuando a continuación, el hombre en lucha se ha revestido de todas las virtudes, y sobre todo de la perfecta ausencia de posesiones, entonces el alma ilumina con un sentido más profundo toda su naturaleza, y lo calienta por el gran amor de Dios. Por eso los dardos del enemigo se apagan más fuera de la sensibilidad del cuerpo; en efecto, la brisa del Espíritu Santo, moviendo el corazón hacia los vientos de paz, apaga las flechas incendiarias del Demonio cuando aún se encuentran en el aire. A veces, aquel que ha llegado a este punto es abandonado por Dios a la malicia de los demonios, dejando su intelecto sin luz, para que nues-

¹⁰⁷ Rm 6, 18.

¹⁰⁸ Cf. Jn 12, 49.

¹⁰⁹ Mt 15, 18-19.

¹¹⁰ Cf. Mt 12, 29.

¹¹¹ Cf. Sal 33, 9.

tra libertad no esté completamente ligada por la atadura de la gracia; no sólo porque el pecado es vencido por las luchas, sino también porque el hombre debe aún progresar en la experiencia espiritual. Ya que lo que es considerado como la perfección del discípulo es todavía imperfecto frente a la riqueza de Dios, que nos instruye con amor ambicioso, aunque uno, con el progreso de las fatigas, pudiese subir toda la escalera mostrada a Jacob.¹¹²

86. El Señor mismo dice que Satanás cayó de los cielos como un relámpago,¹¹³ para que ese ser deforme no mire, ni siquiera, las habitaciones de los santos ángeles. ¿Cómo es posible que aquel que no ha sido juzgado digno de la comunión con los buenos siervos, pueda tener como habitación común con Dios el intelecto humano? Pero aunque digan que esto sucede cuando Dios se retira, no habrán dicho nada más. Pues, el abandono pedagógico no priva en nada al alma de la luz divina, solamente —como también lo he dicho— la gracia esconde, por lo más, su presencia al intelecto, como para hacer progresar al alma con la amargura de los demonios, para que ella con todo temor y gran humildad busque la ayuda de Dios, reconociendo poco a poco la malicia de su enemigo, del mismo modo que una madre rechaza de sus brazos a su niño rebelde ante los ritmos del amamantamiento, de modo que, asustado por el aspecto severo de las personas que lo rodean o por animales cualesquiera, retorne con temor al seno materno. El abandono, como sucede cuando Dios se retira, entrega a los demonios, como un prisionero, el alma que no quiere tener a Dios. Pero nosotros no somos hijos del abandono¹¹⁴ —que no lo seamos nunca—, sino hijos legítimos nacidos de la gracia de Dios, amamantados por ella, con pequeños abandonos y frecuentes consolaciones, para que por su bondad podamos acceder a ser *el hombre perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo*.¹¹⁵

87. El abandono pedagógico produce en el hombre mucho luto, humillación y desesperación, aunque moderada, de modo que la parte de ella amante de la gloria y fácil a la turbación alcance la humildad. En seguida lleva al corazón temor a Dios, llanto de confesión y mucho deseo del bellísimo silencio. Cuando Dios se retira, sucede que abandona al alma, la cual se llena de desesperación, así como de desánimo, de desilusión y de ira. Debemos pues, al conocer por experiencia ambos abandonos, ir hacia Dios en el modo conveniente para cada uno. Con el primero debere-

mos llevarle junto con las excusas nuestra rendición de gracias, como a aquel que nos castiga con la suspensión de la consolación, la desmesura de nuestra voluntad, para enseñarnos como Padre bueno la diferencia entre la virtud y la malicia. En el segundo, una incesante confesión de nuestros pecados, un llanto continuo, y un mayor retiro, para poder, con este agregado de fatigas, suplicar a Dios que finalmente dirija, como antes, su mirada a nuestro corazón. Pero deberemos saber que cuando la batalla toma la forma de un sustancial choque entre el alma y Satanás —hablo del abandono pedagógico— la gracia —como también he dicho— se sustrae, pero coopera con el alma con una ayuda que permanece ignorada, para mostrar a sus enemigos que la victoria es solamente del alma.

88. Como cuando en la estación invernal, el que se encuentra en un lugar abierto y se dirige hacia el Oriente, al comenzar el día, tiene toda la parte anterior de su cuerpo calentada por el sol, pero la posterior completamente excluida del calor, por el hecho de que el sol no está sobre su cuerpo, así también aquellos que se hallan al comienzo de la operación espiritual, son calentados parcialmente en el corazón por la gracia. Y por esto también su intelecto empieza a fructificar pensamientos espirituales, pero las partes manifiestas del corazón continúan teniendo pensamientos según la carne, porque los miembros del corazón no están aún iluminados por la luz de la santa gracia, en sentido profundo. Y por no haber entendido esto, algunos han pensado que en el intelecto de los luchadores existen como dos esencias antagónicas. Pues puede suceder que, en el mismo instante, en el alma haya pensamientos buenos y no buenos, como el hombre del ejemplo, bajo el mismo toque de sol, que tiene frío y calor. Desde que el hombre resbaló hacia una doble ciencia, desde entonces es inevitable para él el llevar, al mismo tiempo, pensamientos buenos y malos, sobre todo en aquellos que alcanzan las sutilezas del discernimiento. Pues cuando se apresura a pensar siempre el bien, de inmediato recuerda también el mal, porque la memoria del hombre, desde la desobediencia de Adán, se encuentra como escindida en un doble pensamiento. Si entonces empezamos, con celo ferviente, a poner en práctica los mandamientos de Dios, la gracia, iluminando todos nuestros sentidos en una percepción profunda, enciende por así decirlo, nuestros pensamientos y, penetrando de dulzura a nuestro corazón en una paz de amistad inalterable, nos prepara a pensar cosas espirituales, no ya según la carne. Y esto sucede continuamente a aquellos que se acercan a la perfección, los que tienen en el corazón el recuerdo incesante del Señor Jesús.

89. La santa gracia, por medio del bautismo de regeneración, nos da dos bienes, uno de los cuales supera infinitamente al otro; pero uno nos

¹¹² Cf. Gn 28, 12.

¹¹³ Cf. Lc 10, 18.

¹¹⁴ Cf. Hb 10, 39.

¹¹⁵ Ef 4, 13.

lo da en seguida, pues nos renueva con el agua misma y hace resplandecer todos los rasgos del alma, es decir la imagen de Dios,¹¹⁶ borrando cada arruga de pecado; sin embargo, el otro, es decir la semejanza, espera poder operarla con nosotros. Por lo tanto, cuando el intelecto empieza a gustar con un sentido profundo la bondad del Espíritu Santo, entonces debemos saber que la gracia empieza como a pintar, en la imagen, la semejanza. Pues así como los pintores dibujan con un solo color la figura del hombre pero, poco a poco, haciendo florecer color sobre color, reproducen hasta llegar a los cabellos el aspecto del modelo; igualmente, también la santa gracia de Dios primero recompone la imagen mediante el bautismo, así como era el hombre cuando empezó a existir; pero cuando ve que con cada avance deseamos la belleza de la semejanza y permanecemos de pie, desnudos e imperturbables en su laboratorio; entonces, haciendo florecer la virtud con la virtud y elevando de gloria en gloria¹¹⁷ la belleza del alma, le da la impronta de la semejanza. De modo que el sentido nos revela que en nosotros se va formando la semejanza, pero la perfección de la semejanza la conoceremos mediante la iluminación. Pues el intelecto, progresando según una medida y un ritmo indecibles, recibe todas las virtudes por medio del sentido; pero el amor espiritual no se puede adquirir, si no media la plena y total iluminación del Espíritu Santo. Si el intelecto no recibe efectivamente la semejanza perfecta por medio de la luz divina, puede tener casi todas las otras virtudes, pero no participa aún de la caridad perfecta. Sólo cuando se haya tornado símil a la virtud de Dios, (en aquello que un hombre puede llegar a serlo, quiero decir), entonces lleva también la semejanza del amor divino. Pues, como en los retratos, el color florecido de todos los matices, junto con la imagen, conserva la semejanza del modelo hasta su misma sonrisa; así también en aquellos que son pintados por la gracia divina a su divina semejanza, la iluminación de la caridad que se hubo agregado revela que la imagen fue (obtenida) enteramente de acuerdo con la belleza de la semejanza. Pues ninguna otra virtud puede procurar al alma la impasibilidad, si no es la caridad sola, *porque plenitud de la ley es la caridad*.¹¹⁸

Así nuestro hombre interior se renueva día a día¹¹⁹ gustando la caridad, pero alcanza su plenitud en la perfección de la misma.

¹¹⁶ Cf. Gn 1, 26.

¹¹⁷ Cf. 2 Co 3, 18.

¹¹⁸ Rm 13, 10.

¹¹⁹ Cf. 2 Co 4, 16.

90. Entonces, si nosotros nos enamoramos con fervor de la virtud de Dios, al comienzo del progreso, el Espíritu Santo hace que el alma guste, con un sentido total de plena certeza, de la dulzura de Dios, de modo que el intelecto pueda conocer con ciencia exacta el premio final de las fatigas por amor a Dios. Desde luego, esconde a menudo la magnificencia de este don vivificante, de modo que, aunque practiquemos todas las otras virtudes, pensemos que no somos nada, en cuanto no practiquemos aún el hábito de la perfecta caridad. Y es entonces que el demonio del odio atormenta las almas de los luchadores, de modo que ellos acusan del odio que guardan, incluso a aquellos que los aman, llevando¹²⁰ la mortífera operación del odio casi hasta en el beso. Por esto, el alma que lleva el recuerdo del amor espiritual sufre aún más, no pudiendo adquirir el sentido por falta de fatigas más perfectas. Es necesario, pues, practicarle, haciéndose violencia, para llegar a gustarlo con un total sentido de plena certeza. Nadie puede, mientras está en esta carne, alcanzar la perfección, a no ser aquellos santos que alcanzaron el martirio y la confesión plena. En efecto, el que tuvo esto en suerte, es completamente transformado y ni siquiera siente fácilmente el deseo de alimentarse, pues aquel que está nutrido con el amor divino, ¿qué deseo podrá tener de los bienes del mundo? Por lo tanto, el sapientísimo Pablo, el gran vaso de ciencia, anunciándonos mediante su plenitud las futuras delicias de los primeros entre los justos, dice: *El Reino de los Cielos no es ni alimento ni bebida sino justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo*.¹²¹ Y estas cosas son el fruto de la caridad perfecta. Y pueden gustarla aquí, continuamente, aquellos que progresan hacia la perfección, pero nadie puede adquirirla perfectamente sino cuando lo que es mortal es perfectamente consumido por la vida.

91. Esto es lo que me contó uno de aquellos que aman al Señor con una voluntad insaciable: ya que deseaba conocer como ciencia el amor de Dios, el Bueno me lo concedió con un sentido total y pleno. Y tanto percibí de tal íntima operación, que el alma se sintió empujada, con expresable alegría y amor, a salir del cuerpo y a irse con el Señor, y a ignorar el modo de esta vida temporal. Y aquel que ha hecho experiencia de un tal amor, aunque fuese ultrajado o dañado mil veces por alguien —pues, al que tiene que ejercitarse, sucede que pasa todavía por alguna de tales pruebas—, no se enoja contra él, sino que permanece adherido al alma de aquel que lo ha ultrajado o dañado; y se enciende solamente contra aquellos que van contra los pobres o, como dicen las Escrituras,

¹²⁰ Cf. ed. crit.

¹²¹ Rm 14, 17.

hablan de injusticia contra Dios,¹²² o viven como malvados. Pues el que ama a Dios más que a sí mismo, o más bien no lo ama más que a sí mismo, sino que ama sólo a Dios,¹²³ no venga su propio honor, sino que quiere solamente que sea honrada la justicia de aquel que lo ha honrado, con un honor eterno. Y esto no sucede por una voluntad mediocre, sino que una disposición tal ya la adquirió como un hábito por la gran experiencia del amor a Dios. Y además de esto, deberemos saber que aquel que es motivado por Dios hacia un amor tan grande, en el tiempo de tal operación, viene a encontrarse más allá de la fe, como el que por su gran amor, abraza con el sentido del corazón a aquel que es honrado con la fe. Y es esto lo que nos indica el Santo Apóstol, cuando dice: *Al presente, quedan estas tres cosas: fe, esperanza y caridad, pero la más grande de ellas es la caridad.*¹²⁴ El que, en la riqueza de la caridad —como he dicho— abraza a Dios, es mucho más grande que su propia fe, pues se halla por entero en el deseo (de Dios).

92. El estadio medio de la operación íntima de la santa ciencia, nos prepara a guardar un luto no menor cuando, en un acceso de ira y habiendo ultrajado a alguien, nos hemos hecho de él un enemigo. Y ella no cesa de molestar en nuestra conciencia hasta que, con muchas excusas, no hemos conducido nuevamente al ofendido a la primitiva disposición. Y su más alta compunción nos induce a lamentarnos y a preocuparnos, por haber sido escándalo para alguno de aquellos que hablan según las ideas de este siglo,¹²⁵ e incluso cuando una persona del mundo se enojó injustamente con nosotros. Por esto, incluso el intelecto es impotente respecto de la teología, pues la palabra de la ciencia, siendo amor por entero, no permite a la mente dilatarse y concebir especulaciones divinas, si antes no hemos reconquistado la caridad, incluso en aquel que se ha enojado sin motivo con nosotros. Pero si aquél no desea que esto suceda o si se mantiene alejado de nuestros parajes, entonces conviene que nosotros agreguemos los rasgos de su rostro a la desbordante plenitud de nuestra alma, cumpliendo así, en la profundidad del corazón, la ley de la caridad. Pues, —dice— es necesario que aquellos que quieren tener la ciencia de Dios consideren en su propia mente con un pensamiento ausente de ira incluso los rostros de aquellos que se enojan sin propósito. Hecho esto, no sólo el intelecto se moverá sin pasos en falso en la teolo-

gía, sino que se levantará con mucha libertad hasta el amor de Dios, como el que es empujado sin impedimento del segundo grado al primero.

93. La vía de la virtud aparece como demasiado áspera y triste a aquellos que empiezan a amar la piedad, no porque ella sea realmente tal, sino porque la naturaleza humana, desde el mismo seno materno, mantiene un comercio con la largura de los placeres, pero para aquellos que tienen la fuerza de sobrepasar la mitad, se muestra dulce y descansada. En efecto, la mala costumbre sometida a la que es buena por el ejercicio del bien perece junto al recuerdo de los placeres irracionales. Por ello, el alma recorre con placer todos los senderos de la virtud, y el Señor, introduciéndonos en la vía de la salvación, dice: *Es estrecha y angosta la vía que conduce a la vida; y pocos pasan por ella.*¹²⁶ Y a aquellos que, con fuerte propósito, quieren acercarse a la custodia de sus santos preceptos, dice: *Mi yugo es dulce y mi peso liviano.*¹²⁷ Entonces, deberemos, desde el principio de la lucha, aceptar con voluntad violenta los santos preceptos de Dios, de modo que nuestro buen Señor, considerando la intención y la fatiga, nos envíe una voluntad pronta a servir con gran placer sus gloriosas voluntades. Del Señor nos viene preparada la voluntad,¹²⁸ de modo que, con mucha gracia, operemos incesantemente el bien. Es entonces que nos daremos cuenta de que *es Dios el que opera en nosotros el querer y el operar para su beneplácito.*¹²⁹

94. Así como la cera, no calentada ni blanda, no puede en general recibir el sello que le es impuesto, tampoco el hombre, si no es probado con fatigas y debilidades, puede recibir el sello de la virtud de Dios. Por esto el Señor le dice al divino Pablo: *Te alcanza mi gracia, pues en la flaqueza se perfecciona la fuerza.*¹³⁰ Y el mismo Apóstol se gloria diciendo: *Con sumo gusto me gloriaré de preferencia en mis flaquezas, para que la fuerza de Cristo habite en mí.*¹³¹ Y también en los Proverbios está escrito: *Ya que el Señor corrige a quien ama, flagela a cada hijo que recibe.*¹³² Y así el Apóstol llama debilidad a los ataques de los enemigos de la cruz¹³³ que le agredieron, así como a todos los santos de entonces, de modo que

¹²⁶ Cf. Mt 7, 14.

¹²⁷ Mt 11, 30.

¹²⁸ Cf. Pr 8, 35.

¹²⁹ Flp 2, 13.

¹³⁰ 2 Co 12, 9.

¹³¹ Ibid.

¹³² Pr 3, 12.

¹³³ Cf. Flp 3, 18.

¹²² Sal 74, 6.

¹²³ Cf. ed. crít.

¹²⁴ 1 Co 13, 13.

¹²⁵ Cf. 1 Co 2, 6.

no se exaltarán —como él dice— por el exceso de revelaciones.¹³⁴ Y ellos por medio de la humillación, aún más permanecieron en la actitud de la perfección, custodiando santamente el don divino en medio de frecuentes desprecios. Pero ahora nosotros llamamos debilidades a los malos pensamientos y a los males del cuerpo. Porque en ese entonces los cuerpos de los santos luchadores contra el pecado, eran entregados a malos tratos mortales y a variadas tribulaciones; y por ello se hallaban mucho más por encima de las pasiones que mortificaron a la naturaleza humana a continuación del pecado. Pero ahora, ya que la paz de la Iglesia abunda, gracias al Señor,¹³⁵ por esto es necesario que el cuerpo sea probado por males frecuentes, y las almas de los luchadores de la piedad por malos pensamientos; sobre todo en aquellos donde la ciencia actúa con un sentido pleno y total de certeza, para que permanezcan más allá de toda vanagloria y exaltación, y reciban en sus corazones, por medio de mucha humillación, el sigilo de la belleza divina, según el santo que dice: *Se ha impreso sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor.*¹³⁶ Por lo tanto, debemos soportar con rendición de gracias el designio del Señor; entonces nos será agregado en la cuenta de un segundo martirio, la frecuencia de las enfermedades y el combate contra los pensamientos del Demonio. En efecto, aquel que dijo a los santos mártires, por medio de los malvados magistrados, que renegaba de Cristo y deseaba los honores de esta vida, aún ahora persigue personalmente a los siervos de Dios, diciendo de continuo las mismas cosas. Aquel que entonces afligió los cuerpos de los justos, y ultrajó al extremo a los honorables maestros por medio de los verdugos, con aquellos designios diabólicos, justamente él aporta nuevos padecimientos con muchos ultrajes y desprecio, sobre los confesores de la fe, sobre todo cuando acuden en ayuda, con gran fuerza, de los pobres sufrientes, por la gloria del Señor. Y para ello se debería cumplir con seguridad y paciencia, el testimonio¹³⁷ de nuestra conciencia, delante de Dios, que dice: *He esperado tanto en la paciencia al Señor, y se dirigió hacia mí.*¹³⁸

95. La humildad es cosa difícil de adquirir; en efecto, cuanto más grande se es, tanto más grande la lucha a realizar. Ella llega para aquellos que participan en la santa ciencia de dos maneras: cuando el luchador de la fe

¹³⁴ 2 Co 12, 7.

¹³⁵ Cf. 1 P 1, 2.

¹³⁶ Sal 4, 7.

¹³⁷ La palabra griega corresponde a "martirio"; este testimonio paciente corresponde a aquel segundo martirio del que se habla más arriba.

¹³⁸ Sal 39, 1.

se encuentra en un estadio medio de la experiencia espiritual, su sentir es de alguna manera más humilde, ya sea por la debilidad del cuerpo, o a causa de aquellos que inoportunamente odian a cuantos se preocupan de lo que es justo, o a causa de los malos pensamientos; cuando el intelecto es iluminado por los rayos de la santa gracia, en un sentido total de plena certeza, entonces el alma posee una humildad natural, ya que alimentada por la bondad divina, no puede elevarse hasta colmarse con el amor a la gloria, aunque practicara de continuo los preceptos de Dios; y más bien se juzga más baja que todos, por su comunión con la mansedumbre divina. Esa primera humildad comporta luto y a menudo también desánimo; ésta trae alegría con pudor lleno de sapiencia. Por lo tanto, como he dicho, una nos llega por medio de aquellos que se encuentran en medio de la lucha; la otra es enviada a aquellos que son cercanos a la perfección. Por esto, una es a menudo ultrajada por los éxitos de la vida; la otra, aunque uno le presentara todos los reinos de este mundo,¹³⁹ ni se apasiona por ellos ni se resiente por las terribles flechas del pecado; en efecto, siendo totalmente espiritual, ignora por completo las glorias corporales. Pero es necesario que el luchador llegue a ésta pasando de algún modo por la primera, pues si la gracia no ablanda nuestra libre voluntad por medio de aquella, con la imposición de los sufrimientos, para probarla y no para obligarla, no podría hacernos el don de la magnificencia de ésta.

96. Aquellos que son amigos de los placeres de la vida presente, van de los pensamientos a las caídas, pues llevados de un juicio sin discreción, desean transferir casi todos sus pensamientos pasionales a discursos inícuos u obras malvadas. Sin embargo, aquellos que se aprestan a conducir una vida ascética, van de las caídas a los pensamientos más malos o a ciertas palabras malas y dañinas. Porque si los demonios ven a éstos soportar de buen grado las maledicciones, o entretenerse en discursos ociosos e inoportunos, o reír como no es debido, o enojarse más allá de la medida, o desear la gloria vacía y vana, entonces todos juntos se arman en contra de ellos, tomando sobre todo el amor a la gloria con el pretexto de su malicia, e irrumpen por medio de ella como a través de una ventana oscura y raptan a las almas. Entonces aquellos que quieren vivir con la multitud de las virtudes, no deberían aspirar a la gloria, ni tener muchos encuentros, ni salir con frecuencia, ni ser causa de la maledicción de otros, aunque éstos se lo merecieran, ni hablar demasiado, aunque estuvieran en condiciones de decir todo bien. Porque el mucho hablar, distrayendo el espíritu sin medida, no sólo lo hace inepto para la actividad

¹³⁹ Cf. Mt 4, 8-9.

espiritual, sino que lo entrega al demonio de la inercia espiritual, el que, relajándolo sobremanera, lo entrega al demonio de la tristeza y por lo tanto, al de la ira. Es necesario, entonces, que el intelecto se halle siempre ocupado en la custodia de los santos preceptos, y en el recuerdo profundo del Señor de la gloria. Dice en efecto: *El que custodia el precepto no conocerá palabra mala*,¹⁴⁰ es decir no tendrá pensamientos ni discursos malvados.

97. Cuando el corazón recibe con dolor quemante los flechazos de los demonios, de modo que el que recibe el ataque cree recibir los dardos mismos, el alma odia con cansancio sus pasiones, pues se halla en el inicio de la purificación. Pero si no sufriese grandemente por la imprudencia del pecado, no podría alegrarse abundantemente por la bondad de la justicia. Por lo tanto, el que quiere purificar su propio corazón deberá inflamarlo perpetuamente con el recuerdo del Señor Jesús, teniendo sólo a éste como estudio y obra incesante. Aquellos que quieren rechazar la propia putrefacción no deben rezar ora sí, ora no; deberán estar siempre libres para la oración, en la custodia del intelecto, aunque habitaran en algún lugar fuera de las casas de oración. Pues así como el que quiere purificar el oro, si deja de poner aunque sea por un poco, el recipiente sobre el fuego, provoca una nueva dureza en la materia purificada; así también, el que se acuerda de Dios, ora sí, ora no, lo que creyó haber adquirido con la oración, lo destruyó con el ocio. Pero es propio del hombre que ama la virtud, consumir con el perpetuo recuerdo de Dios la terrenalidad de su corazón de modo que, poco a poco, una vez disipado perfectamente el mal por el fuego del buen recuerdo, el alma alcance su luminosidad con una gloria mayor.

98. Impasibilidad no es el no ser combatidos por los demonios, pues entonces, según el Apóstol, deberíamos haber salido del mundo,¹⁴¹ sino permanecer imbatibles cuando somos combatidos. Los guerreros que llevan armaduras de hierro y se encuentran bajo los tiros de arco de los adversarios oyen el rumor de los dardos y ven las flechas mismas enviadas contra ellos, pero no son acribillados a causa de la solidez de su equipo bélico, debiendo su imbatibilidad al hierro que los envuelve; pero nosotros armados por la armadura de la santa luz y por el yelmo de la salvación, por medio de todas las buenas obras, hacemos pedazos todas las tenebrosas falanges de los demonios. Y no es solamente “no hacerlo más” lo que produce la pureza, sino rechazar con fuerza el mal, haciendo el bien.

¹⁴⁰ Qo 8, 5.

¹⁴¹ Cf. 1 Co 5, 10.

99. Cuando el hombre de Dios ha vencido casi todas las pasiones, aún quedan dos demonios que lo combaten, uno de los cuales molesta al alma, llevándola de un gran amor a Dios a un celo indiscreto, de tal modo de no querer que ningún otro guste a Dios tanto como ella; y el otro, molesta al cuerpo, induciéndolo con encendida operación, al deseo de la unión carnal. Y esto sucede al cuerpo, ante todo por el hecho de que éste es un placer propio de la naturaleza, en vista de la procreación, por lo que es fácil ser vencidos, pero también con el permiso de Dios. En efecto, cuando el Señor ve que uno de los luchadores se destaca mucho por el número de sus virtudes, permite que por una vez sea ensuciado por un tal demonio, para que se reconozca como el más vil de todos los hombres del mundo. Sin duda, la molestia de la pasión o persigue las buenas acciones o a veces las precede, para hacer que con esta precedencia o persecución de la pasión, el alma se vea disminuida, cualquiera sea la grandeza de sus buenas obras. Combatamos al primero de estos demonios con mucha humildad y caridad, y al otro con la continencia, la ausencia de cólera y el pensamiento profundo de la muerte; así, percibiendo la íntima operación del Espíritu Santo, seamos superiores en el Señor, también a estas pasiones.

100. Cuando somos partícipes de la ciencia santa, daremos cuenta de todas las distracciones, aun las que son involuntarias: *Tú has tomado nota si he transgredido en algo, aun sin querer*;¹⁴² y justamente; ya que si uno no cesa de recordar a Dios siempre, y no descuida sus santos mandamientos, no puede caer en error ni voluntario ni involuntario. Es necesario ofrecer al Maestro, de inmediato, una confesión intensa aun de los errores involuntarios, es decir, de aquellos que se refieren al ejercicio de la regla consueta (ya que no es posible que el que es hombre no erre en cosas humanas), hasta que nuestra conciencia no se haya asegurado, en su llanto de amor, de la remisión de sus errores: *Si en efecto —nos dice—, confesáramos nuestros pecados, Él es fiel y justo como para perdonarnos y purificarnos de toda injusticia*.¹⁴³ Pero deberemos estar continuamente atentos al sentimiento de la confesión, para que no suceda que nuestra conciencia se mienta a sí misma, suponiendo que se hubo confesado a Dios de modo suficiente, porque el juicio de Dios es mucho más exigente que aquel de nuestra conciencia, aunque uno con plena certeza, no fuera conocedor de nada en contra de sí mismo; tal como nos enseña el sapientísimo Pablo: *Pero no me juzgo ni siquiera a mí mismo, pues no soy conocedor de nada en contra de mí, pero no por esto*

¹⁴² Jb 14, 17.

¹⁴³ 1 Jn 1, 9.

*estoy justificado, y quien me juzga es el Señor.*¹⁴⁴ Si no nos confesáramos de modo conveniente, aun respecto (a las culpas que no percibimos), en el tiempo de nuestro éxodo encontraremos, en nosotros mismos, un escondido temor. Y es necesario que nosotros que amamos al Señor oremos por ser encontrados, entonces, libres de todo miedo. Aquel que ahora es encontrado en el miedo no pasará libremente delante de los príncipes del Tártaro, ya que ellos tienen el miedo del alma como un acusador aliado de su malicia. Pero el alma exultante en la caridad de Dios, a la hora de su liberación, es llevada con los ángeles de la paz, más arriba de las cohortes tenebrosas. Y es elevada como sobre alas por el amor espiritual, puesto que tiene consigo íntegramente la plenitud de la ley, es decir, la caridad. Por lo tanto, aun en el parecer del Señor, aquellos que salen de la vida con tal franqueza serán raptados junto a todos los otros santos. Pero aquellos que, aunque sea un poco, tienen miedo en el momento de la muerte serán dejados aquí abajo, con el mayor número de los otros hombres, de modo que, probados mediante el fuego del juicio, reciban la suerte que les es debida según sus obras, por parte de nuestro buen Rey y Dios Jesucristo, pues Él es el Dios de la justicia y suya es, para los que lo amamos, la riqueza de la hondad de su Reino, por los siglos de los siglos. Amén.

INTERPRETACIÓN

Interpretación de san Máximo, interrogado por algunos a propósito de la frase de este centésimo capítulo: “de modo que, probados mediante el fuego del juicio...”

“Aquellos que poseen la perfección del amor hacia Dios y han elevado el ala del alma por medio de la virtud, son raptados hacia las nubes,¹⁴⁵ según el Apóstol, y no vienen al juicio.¹⁴⁶ Pero los que no han adquirido completamente la perfección, pero poseen pecados y obras buenas, van al tribunal del juicio y allí, como probados en el fuego por el examen de las obras buenas y malas, si en la balanza, el plato de las obras buenas resulta más pesado, son exentos de la punición.”

¹⁴⁴ 1 Co 4, 3-4.

¹⁴⁵ Cf. Ts 4,17

¹⁴⁶ Cf. Jn 5,24

JUAN CARPACIO

Quién fue y cuál ha sido el año del nacimiento de nuestro santo padre Juan Carpacio, y cualquier otra noticia con respecto a él nos son desconocidas. Sólo esto nos dice de él Focio (código 201, p. 266): “Él (Diadoco) supera en mucho también a Juan Carpacio, quien intitula su obra: Discurso de consolación dirigido a los monjes de la India, a su pedido. Este discurso contiene 100 capítulos...”, con la mayoría de los cuales paternalmente urge a los lectores para que sean constantes en las adversidades y den muestra de tolerancia en las tentaciones que sobrevienen.

* * *

Continuamos sin saber casi nada de él. Parece que fue un obispo de Karpathos, isla entre Rodas y Creta, después de haber llevado una vida monástica en esa misma isla.

¹ Correspondiente a la pág. 101 del III vol. de la actual edición en *Les Belles Lettres*, París, 1962.